Angel Torres del Alamo y Antonio Asenjo

Amor es vida

COMEDIA

EN DOS ACTOS Y UN EPÍLOGO

ORIGINAL



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24.
1921

AMOR ES VIDA

AMOR ES VIDA

COMEDIA

EN DOS ACTOS Y UN EPÍLOGO

ORIGINAL, DE

Angel Torres del Alamo y Antonio Asenjo

Estrenada en el TEATRO INFANTA ISABEL
el día 1 de Febrero de 1921,
por la compañía que dirige
D. Arturo Serrano.



MADRID
IMPRENTA DE LA CORRESPONDENCIA MILITAR
Pasaje de la Alhambra, 1.
TELÉFONO 18-40
1921

Para nuestra excelente amiga doña Fabia Arín de Serrano, el mejor director de escena que hay (¡así!, y que rabie Arturo Serrano), con el mayor afecto.

Sus buenos amigos,

ANGEL TORRES DEL ALAMO

ANTONIO ASENJO

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MARIA...	María Gámez.
DOÑA CONSTANZA....	Joaquina del Pino.
KETTY...	Nieves Suárez.
AMELIA...	Milagros Toldos.
GENOVEVA...	Blanca Jiménez.
ISIDRA...	Carmen Posadas.
PACA...	Juana Manso.
JUANA...	María T. Rey.
MODISTILLA 1.ª...	Isabel Plaza.
MODISTILLA 2.ª...	Lydia Medrano.
MODISTILLA 3.ª...	Carmen Crruqui.
GUILLERMO...	José G.ª Aguilar.
RICARDO...	Francisco Pierrá.
RAMON EL GUARDA...	Francisco Alarcón.
DON ANTONIO....	Pascual Rodrigo.
OLEGARIO...	Antonio Suárez.
FOTOGRAFO...	Antonio del Pino
UN LACAYO...	José Simó.
UN MOZO...	Faustino Cornejo.
UN NIÑO...	Niña Toldos.



ACTO PRIMERO

La escena representa la plazoleta en que está el quiosco de los libros en el Parque de Madrid. Varios bancos practicables, laterales y foro arbolado.

Escena primera

Al levantarse el telón están en escena dos o tres lectores con su librito «A bordo». El GUARDA, leyendo un periódico, y el FOTOGRAFO rápido, arreglando el aparato. En la máquina habrá un letrero que diga: «Retratos rápidos de señora o caballero, 0,30. Idem íd. con aire de familia, 0,60. Idem íd. hablando, 0,75.»

Guarda *(Leyendo.)* «Con objeto de identificar el cadáver del difunto que se ha encontrado muerto en el Manzanares, publicamos la fotografía de los guardias que hallaron el congelado cuerpo del ahogado; como dato importante añadiremos que el muerto tenía las manos atadas, y que al mirar cara a cara el cadáver del fallecido, vimos que por la mirada y la manufatura del traje debía ser italiano. El hecho de no haber sido capturada aún la cabeza de la víctima, nos hace sospechar si se tratará de un suicidio.» *(Se levanta y se dirige al Fotógrafo.)* Oye, tú, Alfonso chico. ¿qué opinas de este caballero incógnito que le han pescado tomando el último baño cabe el puente de Toledo?

Fotógr. Yo creo que se trata de un accidente del trabajo.

Guarda ¿Pero y la cabeza?

Fotógr. Eso es petaca minúscula. La cabeza estará en el tajo. La corriente surmarina de los ríos que no llevan agua es mu peligrosa.

Guarda *(Se levanta, coge un libro del quiosco y lee.)* «La propiedá es un robo...» *(Abre el libro y sigue leyendo.)* «Es propiedad del autor...» ¡No lo comprendo!

Fotógr. Porque no has leído el libro.

Guarda El poner aquí esta biblioteca ha sido una idea magnífica. Yo bien que me estoy desasnando.

Fotógr. Y eso que no hay libros bolcheviquistas.

Guarda Oí decir el otro día a un amigo mío, pintor, que tiene un primo que conoció a Trusqui en la Parada, que este invierno dictará Rusia la huelga de inquilinos disfraídos. Amos, que ni el gato va a pagar la casa.

Fotógr. ¿Y no sería mejor el reparto? Cada uno se queda con su pisito, y tan contentos.

Guarda La propiedá es inconmovible. A los caseros se les dejan sus casas para que ellos hagan las reparaciones y paguen la contribución. *(Pasan dos muchachas saltando a la comba.)*

Fotógr. Fíjate qué dos pimpollos.

Guarda En esto debía intervenir la autoridad.

Fotógr. ¿Por qué?

Guarda Porque o les ponen más telas en las faldas o suprimen el saltar a la comba.

Fotógr. ¿Pero aún te fijas en eso?

Guarda A ver si te crees que soy de secano; que Punteret y yo hemos nacido el mismo día, aunque en distinto barrio, lo cual que somos mellizos. *(Se oye una gran algarabía.)*

Fotógr. ¿Viene mucha gente a leer?

Guarda No tienes idea. Y parejitas que se hablan en martingalario.

Fotógr. Oye, ¿qué lengua es esa?

Guarda Como los jeroglíficos anagramáticos. Escriben unos palitos en un papel, lo dejan como señal en el libro y luego la madama saca la sustancia de los palitroquilos.

Fotógr. El Retiro es monumental.

Guarda Yo no conozco otro jardín mejor que éste.

Fotógr. ¿Qué jardines has visto?

Guarda Ninguno; por eso digo que no conozco otro

jardín mejor que éste. Además, que con la ayuda de los libros del quiosco yo salgo de aquí para un empleo bueno. Ya verás.

Fotógr. ¿Pero tanta lectura te sirve para algo?

Guarda ¡Anda! Como que gracias a los libros tengo tres frases elegantes: veni, vidi, vinces, estimando y bacanal.

Fotógr. ¡Qué bárbaro!

Guarda Esto sin contar con que me sé la mar de versos, y los meto cuando me quiero lucir.

Ahí viene la juventud dorada,
que bien dice la fábula:
¡Oh jóvenes amables
que en vuestros tiernos años,
al campo...
a comer yerba
dirigís vuestros pasos!

Escena II

DICHOS y MODISTAS 1.ª y 2.ª. OTRAS y RICARDO

Mod. 1.ª Yo me he leído todo lo de Benavente y lo de Galdós. Lo que siento es que no haya obras de Insúa.

Ricardo Yo te prestaré «La mujer fácil»; ¿queréis que nos retratemos?

Todas Sí, sí. *(Palmotean.)*

Mod. 1.ª Pero una a una.

Ricardo Yo quería que nos retratáramos juntos y que nos rezumara el azahar.

Fotógr. ¡Vengan, pasen, miren y descansen. Invento checoeslovaco, el que mira se hace un taco! *(Se pone una muchacha frente a la máquina.)* Uno por aquí, otro por allí...

Ricardo Oiga, amigo; hágale usted a la joven un retrato como si fuera usted Velázquez, Murillo o Manolo Tovar.

Fotógr. ¿Lo quiere usted rápido?

Ricardo Como las balas. *(El Fotógrafo abre un cajón y le da un retrato sin haber enfocado ni nada.)*

Mod. 1.ª Pero si ésta no soy yo.

Fotógr. Vea el letrero. Retrato rápido de señora o ca-

ballero, 0,30. Este es un retrato de señora.

Ricardo Nosotros queremos un retrato que se parezca mucho, que esté hablando.

Fotógr. Mi especialidad. *(Se coloca la muchacha, y mientras el Fotógrafo enfoca, Ricardo no la deja parar.)*

Mod. 1.ª Hagámelo usted de manola. Estate quieto, hombre.

Ricardo No tengas cuidado, no ve con ese trapo.

Mod. 1.ª Pero ven esas...

Fotógr. Un momento. Mire usted a mi mano.

Mod. 1.ª Qué sucia...

Fotógr. ¡Ya está! *(Todos rodean al Fotógrafo y a la máquina, gritando.)*

Todos ¡A ver, a ver!...

Fotógr. Un segundo.

Ricardo *(A las demás.)* ¿Queréis retrataros? Os convido.

Todas Luego; vamos a jugar.

Ricardo Cuando nos den el retrato de Carmita. *(Se levanta un señor que lleva paraguas, deja un libro y se va.)*

Mod. 1.ª *(A Ricardo.)* Mira; con el día que hace, y con paraguas.

Ricardo Le pasará lo que a mí, que lo saco únicamente para llevarlo a empeñar. *(Todas ríen.)*

Mod. 1.ª Como seas calavera, te doy la absoluta.

Ricardo Si no me quisieras, embalsamaría el dolor para que me durase toda la vida.

Mod. 2.ª Chica, tu novio sabe más chupalantrinas que un sacamuelas.

Mod. 1.ª Yo creo que debíamos embarcarnos.

Mod. 2.ª Mia que si hubiera submarinos pa dos personas.

Ricardo Habría que pedir la vez. ¡Menuda cola para tomarlos!

Mod. 2.ª Voy a ver si ha venido mi novio. *(Se llega al quiosco, revuelve unos libros.)* ¡No ha venido!

Ricardo ¿Cómo sabes que está aquí tu amor?

Mod. 2.ª Muy sencillo. Esos libros alemanes tienen pocos amigos; así es que por su colocación nos entendemos. ¿Que están bien colocaditos? Pues quiere decir: no he llegado. ¿Que tienen los títulos cabeza abajo? Pues ya sé que me espera en la plazoleta del Pino.

Ricardo Si se enteran los concejales sacan una contribución a este continental que has inventado.

Fotógr. El retrato de la señorita. *(Todas lo miran y Ricardo lo paga.)*

Mod. 1.ª Precioso, precioso. Soy talmente Carmen Flores.

Mod. 2.ª ¡Qué va! Eres el retrato de Pastora.

Mod. 3.ª Yo creo que te pareces a Salú Ruiz.

Ricardo Trae. *(Mira el retrato y a ella.)* Mira que sois. ¡Está hablando! Es don Jenaro el Feo disfrazado de modista. *(Risas.)*

Fotógr. Invento checoeslovaco, quien repara se hace un taco.

Mod. 2.ª ¡Qué lástima que no te haya sacado con tu traje, con la figura tan linda que tienes!

Ricardo Verdad. Sobre todo las pantorrillas ¡son esculturíneas!

Mod. 1.ª Tú qué sabes.

Ricardo Pero si salta a la vista, cuando saltas. Además, que yo, que soy un gran «amateur» del pantorrillaje, tengo clasificadas las pantorrillas en tres clases.

Todas Que las diga, que las diga.

Ricardo Todas las pantorrillas que en el mundo han sido, desde las de la Venus de Milo a las de Demetrio, no tienen más que tres formas. Hay pantorrillas de botella de manzanilla... de botella de cerveza y de termo. *(Todas ríen.)*

Mod. 1.ª En vez de estar en un comercio debías hacer la competencia a Luis Esteso.

Ricardo No te enfades, terroncito de azúcar; si tú eres manzanilla, oro extra non plus ultra superfina. Y esto se ha acabado. Vamos a la rosaleda, y os advierto que me traigo un truco que os vais a morir de risa.

Mod. 1.ª ¿Cuál, cuál?

Ricardo Ya lo diré.

Mod. 1.ª No será jugar a la gallina ciega, porque te ciegas.

Mod. 2.ª Vamos a buscar a los amiguitos. ¿Hacemos el tren?

Ricardo A las tres... *(Todos se ponen unos tras otros, menos Ricardo.)* Tilín, tilín, tilín... ¡Señores viajeros, al tren! *(Simula un pito. Todos hacen mutis, imitando el ruido peculiar del tren.)* ¡Que pierdo el tren! *(Mutis corriendo.)*

Escena III

MARIA, MISS KETTY y un LACAYO detrás.

María es una linda señorita, rubia, pálida y de aspecto delicadito. Un Lacayo lleva al brazo un gabán o capa de la señorita. La Miss viste traje sastre, sombrero canotier y usa gafas.

María Mira el loco de mi hermano. ¡Cómo corre! ¡Tiene la misma alegría que un muchacho! Si se enteran en casa.

Ketty *(Muy andaluza.)* La verdad es que tie un pronto zu papá de osté.

María ¿Te has fijado que los viejos tienen mal genio? Debe ser porque se acuerdan de cuando eran jóvenes. *(Va al quiosco, coge un libro, saca un billete del tranvía y lo besa.)*

Ketty ¿Es capicúa, zeñorita?

María Es de él.

Ketty Pos vamos a ve si mos le encontramos. Como güen moso, sí que es un güen moso.

María ¿Verdad que es muy guapo?

Ketty Mucho, zeñorita; pero no debe osté tomarle ley.

María ¿Por qué?

Ketty Porque es un zeñorito mu pobresito y osté es una zeñorita murtimillonaria. Y por si esto fuera poco, los humos de su papá de osté. Y además, que no pue osté orviá ar futuro ese que la destinan, y que ahora está en París de Francia; ¡con lo que le gusta a su mamá too lo extranjero!...

María Como que todo su afán es que pases por inglesa; no te ha despedido por recomendarte quien te ha recomendado, que si no...

Ketty Si viera osté, zeñorita, las fatigas que me entran cuando hay gente elante y no puedo meter la cuchará.

María ¡Cómo me reí la otra tarde en el Parque del Oeste por decir mamá que eras inglesa!

Ketty Va y me pregunta aquer señorón no se qué en inglé; de pronto me aturrullé, pero grasias a que salí der paso superiormente.

María Ya lo creo; menuda vergüenza pasamos cuando le dijiste: *(Remedándola.)* Misté, míster,

como yevo dos años en Madrid, se me ha orviao chamuyá en extranjero de Londón.

Ketty Bien que ze rieron toos.

María Menos mamá, que a poco sufre una congestación. Oye, Ketty, ¿por qué será tan callado el señorito Guillermo?

Ketty Los hombres enamorados no dicen ni pío a la vera de la persona a quien camelan con fatiguitas de hullacina, que son más negras que el ala del cuervo.

María No sé qué decirte. Cuando se ve la seriedad de los enamorados es cuando están de monos. ¿Cómo me atrevería yo a decirle muchas cosas que no me atrevo a decirle? *(Haciendo mohines de chiquilla.)* Dame unas lecciones, mujer, que tú has tenido muchos novios.

Ketty Uno por zemana y argunos meses siete. Pos verá osté, zeñorita. Yo ziempre que he querío esirle algo a mi novio y no me he atrevío a esírselo por mi cuenta, pos se lo he dicho entre paño y bola y con picao contrario.

María Algunas veces hablas en inglés. No te he entendido ni jota...

Ketty Más claro: yo digo lo que quiero desí, pero poniendo por fiador a un libro. Amos, que digo una cosa y añado deseguía: eso lo he leído en un libro presioso.

María No está mal.

Ketty Que en ve de esir yo una cosa quiero que sea él quien me la iga; pos la suerto yo por cuenta del libro, añadiendo que se lo voy a emprestá pa que se lo aprenda como el padrenuestro.

María Eso es muy ingenioso y lo voy a poner en práctica. Es una gran idea. *(Muy contenta.)* Ya lo creo; hoy mismo me decido.

Escena IV

DICHAS y el GUARDA

Guarda *(Saliendo.)* Buenos días, señorita María y la compaña.

María Hola, Ramón. *(A Ketty.)* ¿Vámonos hasta el ángel caído? *(Busca un libro.)*

Ketty Gorvemos en seguida. *(A un barbudo que está durmiendo se le cae el libro de la mano, y el Guarda lo recoge, y después de leer el lomo lo pone en su sitio.)*

Guarda Se comprende que le haya dado la encefalitis. Mira que leer *(Leyendo.)* «La vida es sueño»... *(El Guarda sacude al durmiente, que se despierta, ve que ha hecho el ridículo y sale corriendo. Hacen mutis los tres; María lee un poco del libro y después, como si lo fuera recordando, desaparece recitando.)*

María *(Al mutis.)*
La princesa está triste; ¿qué tendrá la prin-
[cesa?
Los suspiros se escapan de su boca de fresa,
que ha perdido la risa, que ha perdido el color.
La princesa está pálida en su silla de oro,
está mudo el teclado de su clave sonoro,
y en un vaso olvidada se desmaya una flor...

Guarda *(Refiriéndose a María.)* Qué señorita más delicadita. Lo que son los quereres. Tie talmente el color de los topacios; pues en cuanto que se pone a charlar con el señorito Guillermo, parece un rubí. ¡Ay, mundo, mundo, que verdá es que Dios ha puesto a las mujeres en la tierra para que creamos en él! *(Asombrado.)* ¡Hay días que no se me ocurren más que pensamientos geniales!... *(Se pasa la mano por la frente. Mirando los libros.)* Si hace diez años ponen aquí esa librería, a estas horas soy yo don Emilio Castelar.

Fotógr. *(Arreglando la máquina.)* Este trípode está siempre espatarrado.

Guarda ¡Qué ordinariez! Se dice con los pies abiertos.

Fotógr. ¡Como tiene tres! *(Mutis.)*

Escena V

GUARDA y la ISIDRA

Guarda Ahí viene la chula de ayer, que se estuvo paseando un par de horas. ¿Qué se traerá en el pico? *(Sale la Isidra leyendo una carta de un par de pliegos.)*

Isidra *(Leyendo.)* «...Conque ya lo sabe usted. Si

no tie coco, acuda mañana, porque ayer me fué imposible ir al kosquio ande emprestan los libros de balde en el Retiro...» *(Volviendo la carilla.)* ¡Camará, qué carta! Es de sección continua; y van dos pliegos. *(Sigue leyendo.)* «De usté afetísima, Natalia Iñiguez. Posdata. La escribo esta carta tan larga porque no he tenido tiempo de escribirla más corta.» ¿Quién será esta Natalia Iñiguez? *(Se acerca al quiosco y lee.)* «Estos libros son del pueblo, y el pueblo es el encargado de su custodia.» Este letrero me infla de satisfacción. Tranvía suterráneo, libros a la intemperie... antes de ciento cincuenta años somos otros Estados Unidos... Tan y mientras llega la firmanta de la carta, buscaré un novelón. *(Saca un libro y lee en el lomo.)* «The Wogs of William Shakespeare.» El francés no me encarta. A ver otro... «El llibre de la Papallona.» Tampoco éste me va. *(Saca otro, lo abre al buen tuntún y lee.)* «Cosas veredes el Cid.» Pero aquí toos los libros están en francés. ¡Ya podían poner novelas destructivas! Como «Los tres mosquiteros» o «Los jinetes de la sicalisis» o «Escribidme una carta, señor cura ya sé para quién es»... *(Saca otro libro y le hojea.)* Este me parece que está en cristiano. A ver. *(Leyendo.)* «Historia del primer viaje en surmarino.» *(Vuelve la hoja y lee.)* «La invención de los surmarinos se pierde en la noche de los tiempos. El primer hombre que viajó en un surmarino fué Jonás...»

Escena VI

ISIDRA y PACA

Paca *(Sale por la derecha, muy chula y muy postinera.)* Buenas tardes, joven.

Isidra Muy buenas.

Paca ¿Es usté por un casual una tal Isidra Cañamaque?

Isidra Cañamaque y Palomeque, pa servir a Dios y a usted.

Paca ¿Y ha recibido usted por otro casual un anónimo firmao por una tal Natalia Iñiguez?

Isidra Si está firmao no será un anónimo.

Paca Lo es porque no he firmao con mi verdadero nombre. Yo soy Paca la Postinera. ¿Se va usted compenetrando por un casual?

Isidra Sí, señora; compenetrá por un casual.

Paca Pues entonces, ¿pa qué la voy a explicar? Yo quiero a un hombre con toda el alma... ya sabe usted a lo que he venido.

Isidra A cantarme la romanza de «El Cabo Primero».

Paca Que se cree usted eso; pero a mí las chunguitas de nen de nito de Leganitos. ¿Me comprende usté?

Isidra Ni por un casual.

Paca Pues que, según me he enterao, trata usté de quitarme a mi Olegario, y a eso la contestaré con música. *(Canta.)*

que no pue ser...
que no pue ser...

porque yo soy más chula que ochenta y ocho ochos.

Isidra Ya me han dicho que usted es de esas que llaman al sereno con castañuelas y espuman el puchero con un clavel y toman el vermú con tenedor y llevan un manubrio de bolsillo y se peinan con una torrija...

Paca Ele, ele; ¿qué l'ha parecido a usté?

Isidra Incomodísimo.

Paca Bueno; pero a lo que importa: ¿es cierto que mi Olegario tie que ver con usted?

Isidra La verdá, a mí, hasta ahora, no me ha pedido más que la conversación.

Paca ¿Y usted?...

Isidra Como un poquito de palique no cuesta na, pues que vamos un ratito por las tardes al bar Cascorro, ¡de dos a nueve!

Paca Lo sabía porque le he puesto un poli particular, y el polilla full me ha dicho que otra gachí quería tomar pasaje en su corazón.

Isidra Las mujeres y los calendarios deben renovarse todos los años.

Paca Pues escuche usté mi último atún; amos, mis conclusiones.

Isidra Usté dirá.

Paca Que mi Olegario es pa mí sola, porque nos hemos tomao los dichos en el merendero de los Cipreses...

Isidra A mí me ha dao palabra de casamiento en una fonda de mucho postín. ¡Digo! Como que a la lista le llaman menu, al caldo, consume; a las aceitunas, ordeubres, y al guisao de patatas, ragout.

Paca ¡Chist! Suspenda usté el almuerzo.

Isidra ¿Me va usté a dar el vermú?

Paca Ese pue que se le dé luego. Atisbe lo que viene por allí.

Isidra ¡Olegario!

Paca Si a usté le parece, vamos a ocultarnos detrás de la caseta de los libros.

Isidra ¿Pero pa qué viene aquí ese tormento?

Paca Le he citao yo pa un elijan.

Isidra Entonces se queda usté sin él.

Escena VII

DICHAS y OLEGARIO

Olegario *(Hace su presentación Olegario, que viste una americana entrabillada, botas de caña, sombrero gris perla y fuma un emboquillado. Mira a todas partes y no ve a nadie.)* Me paece que me he adelantao. *(Saca una cartera y de ella un espejito y un peinecillo. Se arregla los bandeaux sin quitarse el sombrero; se moja los dedos y se los pasa por las cejas. Guarda todo. Achula la figura y dice.)* Que yo he nacido pa imitador de estrellas, está cincograbao. *(Le miran amorosamente las dos mujeres, asomando la cabeza cada una por un lado del quiosco. Olegario saca un libro del quiosco y lee.)* «Don Quijote de la Mancha.» ¿Quién habrá escrito esto? ¡Ah! Aquí lo dice: «Saturnino Calleja.» Debe ser de mucha risa, porque aquí el maestro de la lanza le está poniendo una puya en too lo alto a un molino de viento. Esperaré a esa leyendo. *(Se sienta en un banco.)* Y eso que aquí debían poner los concejales una mesita de bacarrat, que es más distraído. *(Lee.)*

Isidra Si ha cogido uno de los que yo he visto, ya está listo.

Paca *(Aparte.)* Qué hombre; tie ángel hasta pa leer las novelas. *(A Isidra.)* Yo querría an-

tes de na hablar un momento con él sin testigos.

Isidra No es por ahí; si usté quiere, salimos, nos ponemos una a ca lao de él y le decimos una palabrita al oído; pero una no más. ¿Hace?

Paca Pa luego es tarde. Tán de segura estoy de que es pa mí como de que me tengo de morir.

Isidra ¿De qué?

Paca De morir.

Isidra Que de qué se va usted a morir. Porque de vieja no va a ser. *(Se pone de pie Olegario, y las dos se ocultan tras el quiosco.)*

Olegario *(Metiendo el libro en su sitio.)* No es de mi cuerda. Tie más gracia «La barba de Carrillo». *(Mira y no halla lo que busca.)* No comprendo cómo no está aquí la «Coquito». Mañana le pongo negro al alcalde en «La Voz de la calle» del «Heraldo», por lo de la «Coquito» y por no tener en este kosquio tabaco y cerillas, como en las estaciones. *(Salen las dos mujeres.)*

Paca Buenas tardes, Olegario.

Olegario Yo creí que no venías. ¿Se pue saber pa qué me has citao aquí?

Paca *(Por Isidra.)* Esa señora te lo dirá.

Olegario ¡Aguanta! Me veo la americana como una película de éxito, en tiras.

Isidra Vamos, hombre; no te azares, que no es pa tanto.

Paca Te he citao yo porque no voy a ser plato de segunda mesa, y después de lo que ha pasao entre los dos no creo que te atrevas a darme vacaciones.

Isidra Y hemos convenido que en lugar de rifarte en papeletas, seas tú mismo el que elijas, teniendo en cuenta que el cazador que persigue dos liebres se queda sin ninguna.

Olegario ¿Por qué habré nacido yo bonito?

Isidra La señora y yo nos hemos puesto de acuerdo pa decirte una sola palabra al oído y ver por cuál te decides.

Olegario *(Aparte.)* Menudo conflito.

Paca ¿Estás dispuesto a escuchar esa palabra?

Isidra Pero una sola palabra, una sola.

Olegario ¡A las tres!

Paca *(Acercándose al oído de Olegario.)* ¡Echala!

Isidra *(El mismo juego.)* ¡Vitriolo!

Olegario *(Temblando.)* No me habléis al oído, que me hacéis cosquillas.

Isidra *(Enseñando el frasco de vitriolo.)* Tú dirás por cuál te decides.

Olegario Como sus quiero a las dos, debemos irnos al Palas. *(Aparte.)* Que tie muchas puertas pa escapar.

Isidra Yo me voy sola contigo, porque bailo a zurdas con los ojos vendaos, los pies ataos y los tacones ochavaos.

Paca Pues yo pongo un coci con fotograbaos de Cantimpalos, que si lo come el alcalde de Cork ayuna dos años más.

Olegario Como con los pies ataos no se va a ninguna parte, me decido por dejaros...

Las dos *(Cogiéndole.)* ¿Cómo?

Olegario Pa que reflexionéis, y lo que decidáis de común acuerdo, u séase de motu propio, yo lo acataré. *(A Paca.)*

Paca El traje es mío y el calzao es mío.

Isidra El sombrero será de otra.

Paca ¿Amos a desnudarle?

Olegario Me van a recoger del musgo con un pala.

Isidra Me parece lo mejor. *(A él.)* Ya lo hemos decidido. Vamos a aquella caseta del guarda. *(Le cogen cada una de un brazo.)*

Olegario *(Aparte.)* Preveo una catástrofe. En cuanto pueda, galgueo más que una moto. *(Mutis de los tres.)*

Escena VIII

GUARDA, FOTOGRAFO y GUILLERMO

Fotógr. Dame un cigarro, Ramón.

Guarda No fumes, que es muy malo para la faringe y para la laringe; quien fuma frecuenta el trato de los otorino-laringelogológicos.

Fotógr. ¿Y tú por qué fumas?

Guarda Por la misma razón que los músicos tocan para que bailen los demás. Pero no te apures, que por allí viene el señorito Guillermo y nos dará un cigarrillo.

Fotógr. ¿El que está chalao por esa señorita tan rica, que ha pasao antes?

Guarda El mismo que viste y calza: siempre va tras

ella. Yo no sé qué acaece, pero cuando un hombre sigue a una mujer va ella delante, y cuando es el vice, va el hombre detrás de ella.

Guiller. Buenos días, Ramón, y la compañía.

Guarda Muy buenos, señorito Guillermo. Llega usted de acuerdo con el refrán. Vamos, como pedrada en luna de comerciante. *(Se ríe.)*

Guiller. Eso es que quiere usted fumar.

Guarda Usted es más adivino que Onofroff... No investigue... *(Guillermo saca la petaca y da un cigarro a cada uno. Va al quiosco y coge un libro.)* Ha venido, y volverá. *(Ríe.)*

Guiller. El adivinarte el pensamiento es cosa fácil viéndote sin fumar.

Guarda ¿Y lo que me adivinó usted ayer?

Guiller. *(Riendo.)* Lo de ayer fué con ayuda de la grafología.

Fotógr. ¿Qué te adivinó?

Guarda Que escribí haiga y me adivinó que no tengo ortografía. Siéntese usted, señorito Guillermo; en cuanto que surja la dama de sus pensamientos, nos esfumigamos. *(Se sientan los dos.)* ¿Tú no te sientas?

Fotógr. No; me voy por si cae chapuza en el embarcadero.

Guiller. ¿Por dónde se fueron?

Guarda *(Muy redicho.)* Se han fuendo por ahí...

Fotógr. Se dice juendo.

Guiller. *(Riendo.)* Se dice indo. Veo con gusto. Ramón, que se afina usted por días.

Guarda *(Presumiendo.)* Tiene uno ansia por ser culto y clero. Ayer aprendí que en la antigüedad el Retiro empezaba en Canillas y se acababa cerca de los Mataderos.

Guiller. Y Madrid ¿dónde estaba?

Guarda En el pinar de las de Gómez.

Fotógr. Voy a echar el cierre. *(Va a la máquina y vuelve el cartón, leyéndose este rótulo: «Cerrado de dos a cuatro».)*

Guarda Ya me he sorbido esos estantes; salgo un día con otro a dos libros diarios.

Guiller. Ten cuidado, que no engorda quien más come, sino quien mejor digiere.

Fotógr. Hasta el domingo. *(Mutis, saludando con la gorra a Guillermo.)*

Guiller. ¿No tiene usted novia, Ramón?

Guarda Novia; lo que se dice novia para llevarla al túmulo, no, señor:

Guiller. Al tálamo.

Guarda Ha salido un lápiz lazuli.

Guiller. ¿Y aquella morenita de la otra noche?

Guarda Esa está más alta de rodar que el mingo sobre el tapete. La que a mí me inspira, por la que me he leído hasta «La Perfecta casada», de don Fray Luis de León, con música del maestro Alonso, es la miss de la señorita María, que es como dijo la estatua que hay ahí: Alta, gruesa, delgada y pelirrubia, digna de ser morena y sevillana.

Guiller. *(Aparte.)* ¡Qué pisto se arma este hombre!

Guarda Bien me podría usted recomendar, señorito Guillermo.

Guiller. ¿Y quién me recomienda a mí a la señorita?

Guarda Yo no puedo, porque no soy nadie.

Guiller. Pues yo soy compañero de usted. Es decir, yo soy más que usted; yo soy Don Nadie con charreteras de lo mismo.

Guarda ¡Si me quisiera a mí la miss como le quiere a usted la señorita!

Guiller. Qué me ha de querer; ni sabrá siquiera que a mí me gusta.

Guarda ¡Bah! «Para un niño, una vieja siempre tiene el pecho de cristal»... Las mujeres adivinan que las quiere un hombre antes de que él lo sospeche.

Guiller. Esta criatura me trae loco; todos los días hago propósito de no venir al Retiro para no verla, para olvidarla; todos los días al salir de casa encamino mis pasos al Parque del Oeste, a la Casa de Campo, y sin saber cómo ni por dónde, llego aquí jadeante, sudoroso, temiendo que ella haya llegado antes que yo. ¡Cuánto valor hace falta para huir!

Guarda Me va usted a permitir
que, como dijo el poeta,
le voy a dar un consejo
que aprendí para mi daño,
un día que me hice viejo
en la calle el Desengaño.
Consecuencia: ¿Por qué desea usted huir? Ella es preciosa, ella le quiere, ella es riquísima...

Guiller. Ella es riquísima. ¡Has dado con el más gra-

ve inconveniente! Si fuera tan pobre como yo, seríamos felices.

Guarda ¿Pero usted no cree que ella le quiere?

Guiller. El hombre cree lo que teme o lo que desea. Pero ¿y su familia?

Guarda Parientes y trastos viejos, cuanto más lejos, más lejos. Voy a echar una ojeada por mi demarcación. No tardo un segundo. Y ánimo, valor y miedo, que dijo el poeta.

Guiller. Yo voy a dialogar con el mejor amigo del hombre: el libro. Los libros me han enseñado que la fortuna, la gloria, la felicidad, el amor, todo, acaban siempre en un «aquí yace».

Guarda ¿Se ha olvidado usted que hoy es el primer domingo de Mayo?

Guiller. No.

Guarda ¿Se ha olvidado usted de que somos de Madrid y que estamos en este asombro que se llama el Buen Retiro?

Guiller. No.

Guarda ¿No sabe usted que va a venir ella y que tiene usted veintitantos años?

Guiller. Sí.

Guarda Pues teniendo en cuenta el sí y los nos, el tribunal popular, que soy yo, le condena a usted a otomismo vitalicio por treinta años. Y a no estar triste nunca. *(Va haciendo mutis de espaldas e imponiéndole silencio a Guillermo cuando va a hablar.)* ¡Chist! Otimismo vitalicio. ¡Chist; alegría, siempre alegría! ¡Chist; mueran los pesimistas, mueraaaa!... ¡Mueraaaa!... *(Mutis.)*

Guiller. Qué buen muchacho. Se le sale la juventud y la vida por los poros. Leeré un ratito. *(Se pone a leer.)*

Escena IX

Salen por donde se fueron MARIA, KETTY y el LACAYO

(Maria viene ensimismada leyendo.)

Ketty Señorita, ahí está.

Maria Pobre, siempre estudiando. Jhonson, espérenos en al auto. *(Mutis Lacayo.)*

Ketty En cuanti que la oigo a usté desirle Jonso al lacayo, me esmenuso de risa.

María Las cosas de mamá. ¿Cómo se llama?

Ketty *(Imitando el gallego.)* Cifirino Cachelos de la Correidoira.

María Será paisano de don Pío.

Guiller. *(Leyendo.)* «Los hombres saben comunicarse a obscuras, y por los atajos cuando buscan sin amor el corazón de una mujer; quien tiene como guía el cariño, no hallará otro camino que el camino real, y ese hay que andarlo a la luz del sol.» *(Se han acercado María y Miss Kelly, poniéndose tras de él y leyendo cuando lo indica el diálogo.)* ¡Qué gran verdad! Los enamorados no saben más camino que uno...

María *(Que ha reído, lee en voz alta.)* «El amor y la luna, cuando no crece, mengua.»

Guiller. *(Poniéndose en pie muy azorado.)* Señorita María, ¿por dónde ha venido usted que no la he visto?

María He bajado de un arbolito; ¿no me ha visto?

Guiller. Esa broma es una verdad, porque ya hace días que pienso en sus alas de usted. Anda usted como los pajarillos, por esto no me extraña no haberla sentido; ahora, no me perdonaré el no haberla presentido. Mi corazón ha debido adivinar que usted venía, para que yo la hubiera esperado.

María Pues le voy a reñir a usted, no faltaba más; ahora, que mi enfado no es por no haberme sentido, no. Mi enfado es porque ayer me dijo usted muy serio: «No leo más que alemán».

Guiller. *(Enseña el libro por el lomo.)* Vea usted, señorita Marujita.

María *(Leyendo trabajosamente.)* Der Brugtschunchetin... Uf, qué dificultoso; parece que estaba partiendo nueces. *(Le quita el libro.)* Ahora que yo he leído unas cositas en castellano. Aquí está. *(Saca una cuartilla escrita a mano. Lee.)* «Los hombres saben caminar... no. El amor y la luna, tampoco. Amor es esperanza; amor es caridad; amor tiene alas para que los enamorados puedan subir al cielo; amor nos da idea del supremo poder de Dios.» *(Pequeña pausa, en la que María le mira cómicamente. Ketty ríe y Guillermo baja la vista.)* No sabía yo que estudiaban la

ciencia del amor los ingenieros de Caminos, Canales y Puertos.

Guiller. Esa cuartilla es de un muchacho de la escuela.

María Que tieen muy mala letra, y usted lo ha puesto en limpio. *(Riendo.)* Vamos a perder las amistades.

Guiller. *(Rompe la cuartilla.)* Eso, nunca.

María No la rompa usted. Si es precioso. *(Recoge los pedazos del suelo y se los da a Ketty.)*

Ketty Voy a zorverme los cantares de Rodrigues Marín. Me güerven loca los cantares. *(Va al quiosco, coge un libro y se sienta en un banco.)*

Guiller. No se siente usted, señorita Mariquita.

María *(Sentándose.)* No me tomará usted en cuenta la broma de antes.

Guiller. Por Dios, Mari; no se puede usted imaginar lo feliz que soy cuando la veo, y más aún cuando soy víctima de una broma de usted. *(Sale el Guarda y se acerca a la Miss.)*

Guarda Con permiso, señorita miss. *(Se sienta a su lado.)*

Ketty ¿Cómo vamo de conquista?

Guarda No me hable usted de eso: yo no voy a querer más que a una...

Ketty Pues a mí me parese que no.

Guarda Es que, como dijo don Ramón, «todo es según el cristal del color con que se mira».

María ¿El sábado termina usted la carrera?

Guiller. ¡El sábado! Si apruebo, creo que obtendré plaza. Habré resuelto mi vida material; es decir, que ya ganaré para sacar adelante a mi viejecita, a cambio de que el Estado me destine a La Coruña, o a Gijón, o al quinto infierno; el Señor me perdone. Miedo me da que llegue el día en que me marche y no vuelva a ver mi Madrid, mi Retiro, mi amiguita la señorita María. Estaba por hacer que me suspendieran.

María Ya se está usted poniendo la venda. Claro: estudiando en alemán eso de «las heridas del alma sangran lágrimas», ¿cómo va usted a saber de canales, caminos y puertos?

Guiller. Le aseguro a usted, señorita María, que soy el número uno en la Escuela. Ahora, que le tengo tanto miedo a dejar Madrid, a perder

este ratito, a no charlar unos instantes con esa muñequita que se llama Mariita...

María ¿Se va usted a marchar? ¡Quiá! Se lo digo yo a papá, que ha sido ministro, y se queda usted aquí para hacer un puerto de mar en el Depósito de las Aguas.

Guiller. Si usted me recomendara a su papá me enviaría a Fernando Poo.

María ¿Por qué?...

Guiller. Por... que su papá de usted ha sido ministro. Usted olvida que yo trabajo catorce horas, que estudio en los ratos que le robo al descanso, que no soy nadie.

María Y que aún le sobra a usted tiempo para ponerse alas y subir al cielo. ¿Le pongo a usted triste? Pues no hablemos más de esto, o me enfadaré.

Guiller. ¡Señorita Mariita, mire usted Ketty cómo charla con el servidor municipal!

Guarda No quiero hacerme ilusiones, porque ya sabe usted lo que dijo un célebre escritor:

Hojas del árbol caídas
juguete del viento son;
las ilusiones perdidas,
¡ay!, ya sabes tú dónde van.

Ketty Déjese de versos de esos, que usted no sabe lo que es poesía.

Guarda ¿Qué es poesía? ¿Y usted me lo pregunta? Poesía es usté; así, y que rabie el señor de Bequer.

Ketty Las coplas populares son más intencionadas, porque se dise lo que se quiere sin desirlo. Oígame. *(Leyendo.)*

«Tengo un dolor no se dónde,
nacido de no se qué,
sanaré yo no sé cuando,
si me cura no sé quién.»

Guarda Esa copla es un laberinto. A mí me gusta más aquella que dice:

Eran las doce del día,
sobre las dos de la tarde;
el hombre que yo quería
se arrevolcaba en su sangre.

Porque ya ve usted las cosas que pasan en dos horas.

Ketty Pues ésta es pocha. Fíjese. *(Lee.)*

«Yo te quiero y no quiero,
que son dos cosas.

Pues te quiero y no quiero
que lo conozcas.»

Guarda A mí acertijos, no; las coplas claras como ésta:

Dicen los doctores
que me encuentran grave,
yo no sé qué tengo, ¡ay!
Por Dios que llamen al dotor
que vive en la calle de Juanelo,
que se arranca de mi cuerpo
las alitas del corazón.

¡Claridá, señor! ¡Claridá!

María Verá usted; yo leo, sin que me vean, los libros que lleva mi hermano, y como tengo buena memoria, me acuerdo de todo. Lo que más me ha impresionado ha sido una escena de amor, escrita no sé si por Palacio Valdés o por Octavio Picón. *(Con guasa.)* Cuando acabe usted con el alemán, debe usted leerla; yo le prestaré la novela.

Guiller. Aseguro a usted, Mariquita, que me la aprenderé de memoria.

María También tengo que prestarle una novelita de Jorge Sand, preciosa. Se intitula «El corto de genio». El protagonista se da un aire a usted.

Guiller. Cuando se tiene conciencia de lo que es la vida hay que ser prudentes; como los ciegos, que antes de echar el paso tantean el suelo con un bastón.

María La prudencia está reñida con el amor; de los prudentes no se ha escrito nada. El corazón de la mujer hay que tomarlo por asalto; los prudentes no sirven para conquistadores. *(En otro tono.)* Ya comprenderá usted que todo cuanto digo lo he leído. *(Con retintín.)* Yo no he tenido la suerte de que nadie me declarase su amor.

Guiller. Si yo me atreviera...

María *(Aparte.)* Que se atreva, Dios mío, que se atreva.

Guiller. Si yo no perteneciera a esta clase media, que tiene todas las miserias materiales de la clase obrera y todas las aficiones de la aristocracia...

María *(Aparte.)* Nada, que no se atreve.

Guiller. Si fuera verdad que el amor no entiende de clases, ni de jerarquías, ni de castas...

María La mujer ama más al que no es de su clase; el contraste es una voluptuosidad. *(Un poco avergonzada.)* Esto es de otro libro, naturalmente. *(Pequeña pausa.)* ¿Calla usted?

Guiller. Usted sabe, señorita María, quién soy, todo cuánto siento, porque no hablo como quisiera hablar... usted lo sabe; ¿verdad que usted lo sabe?

María *(Con ingenuidad.)* Pues claro que lo sé; hace muchos días; pero me hubiera gustado tanto que me hubiera usted regalado el oído.

Guiller. Si viera usted, señorita Marujita, qué feliz soy en este momento, qué peso se me ha quitado de encima.

María Claro, porque cree usted que ha dicho lo que no ha dicho, aunque sí que lo ha dicho, porque yo he entendido todo lo que no ha dicho, como si lo hubiera usted dicho. *(Se levantan.)*

Guiller. ¡Qué pequeña sería la vida si no fuera tan grande la esperanza!

Escena X

DICHOS. DON ANTONIO y el LACAYO

Lacayo Mírelus, señurito; aquel es el que le dije.

Antonio *(Cogiendo a su hija de la mano.)* ¿Es a esto, mala hija, a lo que vienes al Retiro?

María ¡Papá!

Ketty ¡El señor!

Antonio *(A Ketty.)* ¿Y usted cuida de mi hija chismorreando con el Guarda?

Guarda ¡Le advierto a usted que yo!...

Antonio Usted los ayudará seguramente.

Guarda Yo, como dijo mi poeta don José Ruiz Zorrilla:

Ni quito ni pongo ley;
pero ayudo a este señor.

Antonio ¿No me contestas?

María Papá, yo...

Ketty Sepa el señor que la niña se quedó leyendo, y yo también leía. *(Le enseña el libro.)*

Antonio Se acabó el venir al Retiro; saldrás con mamá o conmigo. ¡Pues no faltaba otra cosa! Lo sé todo. Venir a charlar con un bigardo

semejante; mi hija, la niña mimada, la flor de mi jardín...

Guiller. *(Muy digno.)* ¡Caballero!

Antonio ¿Qué ocurre? ¿Ignoraba usted acaso quién es esta señorita? ¡Habrá osadía, poner los ojos!...

Guiller. Caballero, por respeto a la nieve que cubre su cabeza y porque es usted el papá de esta señorita, no doy la réplica adecuada a sus palabras. Yo sé quién es esta señorita, yo sé quién soy yo y los respetos que me debo.

Antonio ¿Y usted quién es? Un pelafustán, un desocupado, que viene a leer noveluchas y a soliviantar con malas artes, enamoriscando a una criatura inconsciente. ¡Vamos!. *(Le vuelve la espalda.)*

Guiller. Señor, sepa usted que soy ingeniero de Caminos, que tengo...

Antonio *(Cortándole la palabra.)* Y sepa usted que yo no tengo porqué escucharle a usted. *(A su hija.)* No te da vergüenza. Mírate en el espejo de tu hermano. Casado siendo una criatura, con una dama de su alcurnia... El es un hijo modelo... él a quien queremos...

Ketty Señor, no olvide que la señorita está muy delicada...

Antonio Pues en el Retiro no se ha de curar. Antes la encierro de por vida.

(Se oye una gran algarabía; sale un grupo de muchachos y todas las muchachas de la compañía. En el centro va Ricardo, vendado los ojos; coge varias, aprovechándose lo que puede y le dejen las actrices, y siempre que atrape a una muchacha, dice un nombre.)

Ricardo ¡Pelmazos! Ayudadme. *(Risas.)*

María ¡Mi hermano!

Ketty El señorito Ricardo...

Ricardo Manola la Bolcheviqui. *(Risas.)*

Antonio *(Va hasta él para quitarle el pañuelo.)* ¡Mi hijo!

Ricardo *(Al sentir que le tocan.)* Es la Nemesia. *(Don Antonio le quita la venda.)* ¡Mi padre! *(Casi se cae al suelo.)*

Antonio ¡Conque venías a las aguas oxigenadas; granuja, mal hijo!

Mod. 1.ª Y decía que estaba en casa de Rafael Sánchez.

Antonio Cuando lo sepa tu santa esposa.

María Papá, perdónale y vámonos.
Antonio No, no os perdono...
Ketty Señor Marqués...
Guarda Qué bien dijo el clásico:
¡Un marqués nada menos, qué atrocidá!
Todas *(Cantando.)*
Un marqués nada menos, qué atrocidá.
M'alegrito de verle tan regular...
(Mucha risa y algazara hasta que caiga el telón; María ha vuelto varias veces la cabeza mirando a Ricardo.)—Telón.

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Sala elegantemente amueblada. A la derecha, una pianola, y en sitio próximo, el archivo de los rollos. Puertas lateral izquierda y al foro derecha. Al foro izquierda un amplio mirador de cristales, que se supone da a la calle

Escena primera

MARIA, y en seguida PEPE y JUANA

María, que viste una vaporosa bata de tonos claros, está echada en una butaca de las llamadas dormilonas. Los cristales del mirador tienen cortinillas de seda, que se pueden correr fácilmente.

Al levantarse el telón hay cortinillas corridas y descorridas de modo que María pueda ver lo que ocurre en la calle. Las cortinillas situadas a los pies de María también están descorridas.

Para dar mejor idea de la forma en que debe hallarse, haremos una aclaración. A María le han mandado baños de sol, que toma en el mirador de su casa; por eso debe prepararse las cortinillas de forma que los rayos penetren y bañen todo el cuerpo de la enferma, sin llegar a la cabeza. Pero al propio tiempo a María le conviene ver algo de la calle, y puede correr y descorrer fácilmente un visillo, cuya cuerda está colocada al alcance de su mano.

Junto a la dormilona, y al lado derecho de María, hay una silla, y sobre ella, un libro. En sitio conveniente de la sala, un tubo acústico, que se supone comunica con el piso superior, en el que habitan Ricardo y su inaguantable esposa. Se alza la cortinilla, y María, mirando a la

calle, hace señas. A los pocos momentos aparecen en la puerta del foro los criados Pepe y Juana, cargados con un buen número de cajas, en las que hay, o, mejor dicho, se supone que hay, rollos de pianola.

Pepe — *(Desde la puerta.)* ¿Da su permiso la señorita?

María — *(Corre rápidamente hasta abajo la cortinilla, que tapará los cristales a través de los que miraba a la calle, y coge un libro, colocado sobre la silla.)* ¡Adelante! *(Leyendo en el libro.)*

Pepe — Acaban de tráer estos rollos, y nos ha ordenado el señor que los pongamos en su sitio.

María — Bueno. *(Los criados empiezan a colocar las cajas con la mayor calma.)*

Pepe — *(Bajando un poco la voz.)* ¡Pobre señorita! ¡Mia que tener que estar toos los días dos horas bañándose al sol!

Juana — Que te crees tú eso. Lo que hace la señorita es bañarse en agua de rosas. El sol que toma es el señorito aquel con el que la sorprendieron de charla en el Retiro ya va pa un mes.

Pepe — Qué va a ser; si yo he salido a la calle a estas horas y nunca he visto a nadie.

Juana — Claro; como que el gachó se mete en la caseta del guarda de la obra de enfrente, con el que está combalachao, y por la mirilla se hincha de hablar con la señorita.

Pepe — ¡Que hablan! Vamos, anda.

Juana — Sí, tonto; con las manos se traen un ejercicio que les van a salir callos.

Pepe — ¡Qué vivas que sois las mujeres!

Juana — Lo malo es que le van a cortar la comunición en seguida, porque hoy o mañana quitan ya la caseta.

Pepe — ¿Y cómo se las entenderán?

Juana — Ya encontrarán algún modo; una mujer enamorá cavila lo imposible.

María — Pepe: antes he tocado el timbre y no ha venido alguno.

Pepe — La señorita no sabe quizá que hay una avería y no funcionan los timbres ni la luz.

Juana — Pues en el piso del señorito Ricardo les ha ocurrido lo mismo.

María — ¿Os falta mucho?

Juana — En seguida acabamos, señorita. *(A Pepe.)*

Vámonos pa que funcione el telégrafo sin hilos.

Pepe Anda, que si tú y yo tuviéramos que entendérnoslas así...

Juana Esa es la ventaja que tenemos nosotros; porque los ricos aman cuando pueden y los pobres cuando les da la gana. *(Acabando de colocar las cajas.)* ¿Manda algo la señorita?

María Os podéis retirar.

Juana *(Al mutis y muy bajito a Pepe.)* ¡Central! Comunicación con la casilla de ahí enfrente

María ¡Qué pesadez de criados! Son de plomo sobredorado. *(Corre la cortinilla y empieza a funcionar de nuevo el telégrafo sin hilos.)* Pobrecillo, el tiempo que se pasa en la casilla. Parece que está estudiando para perro de hotel.

Escena II

MARIA, DON ANTONIO y DOÑA CONSTANZA

Const. *(Entrando.)* ¡Mary!

María ¡Ay, qué susto me has dado, mamá!

Const. Eres muy pusilánime. En Francia las muchachas son menos epouvantable, que decimos los franceses.

Antonio En español se dice impresionable.

Const. Pero ya sabes que hay palabras extranjeras que expresan las cosas con más claridad.

Antonio Dudo lo de la claridad.

Const. Estás equivocado. Vamos a ver: chapó, ¿no expresa más fácilmente lo que es un sombrero? ¿Cómo se le puede llamar si no para que esté al alcance de todos?

Antonio Yo le llamo sombrero y me entiende hasta el gato.

Const. Le chatte, diría yo; es más delicado, más exquisito.

Antonio Bueno. *(A María.)* Vamos, hijita. Creo que puedes quitarte de ahí ya; porque el sol que ha de curarte está en la acera de enfrente.

María Efectivamente; mi curación está en la acera de enfrente. *(Hace señas.)*

Antonio Levanta las cortinillas porque se ha retirado ya.

María — *(Diciendo adiós con una mano.)* En este momento se está retirando. *(Se levanta perezosamente y descorre algunas cortinillas.)*

Const. — *(Reparando en las cajas de los rollos de la pianola.)* ¿Quién ha puesto así estas cajas?

María — Los criados, mamá.

Const. — No tienen idea de la estética; en Nueva York las colocan de un modo más práctico. *(Empieza a variarlas de colocación.)*

María — En lo sucesivo, cuando tomemos un sirviente le preguntaremos si ha vivido en los Estados Unidos. *(Se ríe don Antonio.)*

Const. — La cosa no es para tomada a risa.

Antonio — ¿Cómo te encuentras, hija mía? *(Tocándole la frente a María.)* Parece que tienes calor. Te daremos un sello Yer.

María — Yo no quiero sellos; lo que me tomaría ahora es un vaso de agua fresca.

Const. — ¡Qué locura! Vamos a ponerte el termómetro.

María — Pero mamita, si no estoy mala; aunque lograréis que enferme con vuestros cuidados.

Const. — Eres una niña testaruda; una indomatta, que decimos los italianos.

Antonio — Los españoles decimos voluntariosa.

Const. — ¡Ah, si te hubieras educado en el extranjero!

Antonio — No la podríamos aguantar. *(Aparte.)*

María — Siempre estás con el extranjero a vueltas. ¿Pero es que fuera de España a las muchachas solteras las ponen el termómetro a la fuerza y las dan medicinas quieras que no?

Const. — No; pero obedecen a sus padres siempre.

Antonio — ¿No comprendes que todo es por tu bien?

María — Claro; pero ahí está mi hermano Ricardo, que ha hecho toda su vida lo que le ha venido en gana; no se le han tenido los cuidados que a mi, y no lo parte un rayo.

Antonio — Sí: pero ya verás como algún día cae enfermo, desgraciadamente.

María — En un mes me habéis sacado cuatro o cinco veces a la calle, y en el auto.

Const. — Ya te dará el aire del campo. Ahora, cuando nos vayamos a nuestra finca de Torrelodones; y eso que los aires de Torrelodones no se pueden comparar a los de Interlaken; allí sí que hay oxígeno bueno.

María — Como que yo he leído en un libro que en In-

terlaken lo llevan en balones de las mejores boticas.

Const. ¿Te burlas?

María No, mamita. *(Se oye el pito del tubo acústico.)*

Const. Que llaman de casa de tu hermano. *(Va María y se adelanta su padre.)*

Antonio Deja, yo iré. *(Quita el pito, sopla por el tubo y pregunta.)* ¿Quién es? *(Se pone el tubo en el oído.)*

Const. ¿Es Richard?

Antonio Es su mujer. *(Pequeña pausa. Durante ella se supone que escucha lo que le dicen. Luego habla por el tubo.)* Pues aquí no le hemos visto en toda la mañana. ¡Adiós! *(Deja el tubo y después mete el pito.)*

Const. ¿Qué quería Ameli?

Antonio Ricardo, que ha salido por la mañana temprano diciendo que volvería en seguida, y como no ha venido a almorzar, preguntaba si estaba aquí.

Const. Yo no sé cómo le sufre la pobre Ameli, que es una santa; no sé a quién habrá salido este hijo mío, que no piensa más que en divertirse. Porque tu padre ha sido de joven un trueno, pero el refrán dice que de padres formales hijos juerguistas, pero de padres juerguistas...

María De tal palo, tal astilla. Otro refrán.

Const. Yo le voy a hacer una novena a San Antonio para que siente la cabeza tu hermano; ¡un hombre casado ya!...

Antonio Pero si San Antonio creo que es el abogado de las cosas que se pierden.

Const. Pues más perdido que tu hijo... Es menester que le hables fuerte. La conducta que observa es un poco de gutan, que decimos los alemanes.

María Debéis tener en cuenta que...

Antonio ¿Le vas a defender?

María No; pero repito que se debe tener en cuenta que Ricardo se casó contra su voluntad, por no disgustaros. Pero él no estaba enamorado de Amelia...

Antonio ¿Y a qué más podía aspirar que a ser esposo de una muchacha guapa, rica, noble, distinguida?...

Const. Con chistrooben, que decimos los búlgaros.

María Sí; pero de un carácter que no congenia con el de mi hermano... Además, que se casó demasiado joven, cuando aún tenía que divertirse mucho.

Const. Pues ya sigue haciéndolo.

María Naturalmente. Pero si le hubiesen dejado él habría sentado la cabeza, y una vez convertido en hombre sério y formal, habría sabido buscar la mujer que le dictase su corazón, y se hubiese casado por amor.

Antonio Sabe Dios qué elección haría tu hermano con la que tonteaba, que era una palmaroli, que decimos los sicilianos.

María Por lo menos no podrían decir nunca que le habían engañado.

Const. Los padres saben mejor que los hijos lo que les conviene.

María Y luego salen los matrimonios como el de mi hermano.

Antonio ¿Y quién tiene la culpa? El, y nadie más que él, que no sabe contemporizar.

María Aguantar lo que le han impuesto, diría yo.

Antonio Es como el quídam aquél con quien hablabas en el Retiro; si no me entero a tiempo, ¡qué habría pasado!

María Papá, te suplico que no recuerdes aquello.

Const. Es una cosa que pasó, una chiquillada, que aunque la repruebe la disculpo... Mi Mary no piensa más que en seguir los consejos de sus padres, que la quieren hacer feliz. La vas a dar un disgusto hablándole de ciertas cosas. *(María ha echado la cabeza sobre los brazos.)* ¿Lo ves? *(Acercándose a ella y tocándole la frente y las manos.)* Parece que tiene calentura... Tráete el termómetro.

María ¡Mamita, por Dios, si no tengo nada!

Const. Tomarás una aspirina. Ya sabes que en casa la tenemos alemana, porque la que hacen aquí no es buena.

María Si ha sido un mareillo que ya pasó... Vuestros excesivos cuidados creo que tienen la culpa...

Escena III

DICHOS y RICARDO

Ricardo *(Entrando muy satisfecho.)* ¡Buenas tardes, papá; hola, mamá! *(Le da un beso.)* ¿Cómo estás, María? *(La besa cariñoso.)* ¿Qué te ocurre? ¿Qué cara de tristeza es esa?

María No me pasa nada, estoy mejor que nunca.

Antonio Me alegro que hayas entrado en casa. ¿Has estado en la tuya?

Ricardo Ni el Señor lo quiera.

Const. Esa contestación es digna de un Farrista brincadeira, que decimos los bonaerenses.

Ricardo Más bien es propia del engañado de la pantomima, que decimos los madrileños.

Const. *(Cogiendo el sombrero de su hijo.)* ¡Pero hijo, por los clavos del Señor! ¿No te da vergüenza llevar este sombrero?

Ricardo Pienso llevarlo dos años más.

Antonio Mujer, será un voto.

Ricardo No. Es que me ha dicho Amelia que mientras lleve este sombrero no salimos juntos, y para qué más explicación. *(Se ríe.)*

Const. A propósito de Ameli; dile que abusa de los helados.

Ricardo Ya lo sé.

María Me han dicho las de Carriles que ayer se tomó cuatro en Viena.

Ricardo Ya lo sé.

Const. Y eso puede producirle una enterocolitis, que ahora hay mucha.

Ricardo Ya lo sé.

Antonio Hace un rato que te ha llamado tu mujer, impaciente por tu tardanza; salíste esta mañana temprano para volver en seguida y...

Ricardo Lo que son las señoras...; en lugar de agradecerme que la libre de mi presencia unas horas, se enfada... ¡El demonio que las comprenda!

Antonio ¿Es ese el deseo que tienes como hombre casado?

Ricardo Como hombre casado no tengo más que un deseo: enviudar.

Antonio Lo que yo quiero decirte es que como padre

no puedo consentir que sigas por el camino que vas. Ayer te han visto a las seis de la tarde en el auto, con una rubia, por la Castellana...

Ricardo Eso no es cierto; eso es un falso testimonio, y probaré que no es verdad.

María Tiene razón. A esa hora iba en coche de punto por la Bombilla con una morena hasta allí... *(Se ríe.)*

Ricardo Pues es verdad. ¿Quién te lo ha dicho?

Antonio ¡Qué desfachatez! ¡Qué osadía!

Const. Niña, tápate los oídos.

Antonio Te olvidas de la autoridad paternal.

Ricardo Esa autoridad es ya nominal desde que me hicisteis protagonista del drama concebido por mamá y por ti.

Const. ¿Un drama?

Ricardo Sí, mi matrimonio; que realmente no es un drama, sino el epílogo de una comedia y el prólogo de una tragedia; y lo lamentable es que no se puede vender la contraseña.

Antonio No comprendo cómo el matrimonio no te ha hecho cambiar; que has de saber que es uno de los mejores sacramentos.

Ricardo Pues muy bueno, muy bueno no debe ser cuando necesita la bendición de un cura.

Antonio ¡Qué cúmulo de disparates!

Const. Estás dejado de la mano del Señor.

Antonio Vámonos, vámonos, porque no respondo de mí...

Const. *(Al mutis con su esposo.)* En Austria, los hijos casados respetan a sus padres como si continuaran solteros. *(Mutis.)*

María ¡Qué tremendo eres! ¡Qué cosas dices!

Ricardo Lo que soy es un mártir. Ahora comprendo porqué llaman esposa a esa argolla de hierro que los presidiarios llevan fuertemente sujeta.

María Pues a ti la argolla te debe estar ancha, porque mira que te la has quitado veces...

Ricardo Eso no pasa en California, como diría mamá. Bueno, vamos a lo interesante. Tú ya sabes que te quiero, no como a una hermana, sino como a veinte hermanas lo menos.

María Y ya sabes que yo te pago en la misma moneda.

Ricardo No habrás olvidado que estoy dispuesto a que no seas una desgraciada como yo, ca-

sándote con el idiota de mi cuñadito, que por cierto estará de vuelta de París dentro de cuatro o cinco días.

María ¡Cómo he de olvidarme de eso!

Ricardo Pues bien; conforme yo discurrí que aprovecharas los baños de sol para ver a Guillermo y gratifiqué al guarda de la obra para que le permitiera enchiquerarse en la casilla...

María Que ya deben estar quitando.

Ricardo Ya lo sé; he pensado que hables con él.

María ¡Ay! ¿Sí? ¡Qué bueno eres! *(Le abraza.)* Cuéntame, cuéntame.

Ricardo Esta mañana temprano le he visto a Guillermo y le he explicado qué hay que hacer...

María *(Rápida, como si adivinara lo que va a decir Ricardo.)* ¿Mudarnos a otra casa donde haya una obra enfrente?

Ricardo ¡Qué cosas dices!... Lo que yo le he dicho es...

María *(Cortándole la palabra rápidamente.)* ¿Que alquile un piso en la casa nueva?

Ricardo No es eso. Mi plan consiste...

María *(El juego de antes.)* Ya lo sé... Una noche cualquiera de las que bajáis Amelia y tú, mientras entretienes a todos, yo me voy a un balcón, y con un teléfono de cuerda...

Ricardo No vas bien. Las instrucciones que he dado son...

María *(Idem.)* No me digas más... Cuando nos marchemos a Torrelodones, él tome el mismo tren, se mete en el departamento de al lado...

Ricardo ¿Pero eres tú la que lo vas a explicar o soy yo?

María Eres tú; pero como no dices nada...

Ricardo Como tú te lo dices todo...

María Claro, hablas tan despacio.

Ricardo Y tú te atropellas para hablar.

María ¿Y no ves el tiempo que estamos perdiendo? Empieza, que yo prometo no interrumpirte hasta el final.

Ricardo Fíjate bien; Guillermo va a venir a verte aquí.

María *(Rápida, como las veces anteriores.)* ¿A mi casa?... Ahora sí que lo veo todo clarísimo; vas a aprovechar mañana por la noche, que se van papá y mamá a cenar con los de Robles al Ritz. Has comprado al portero, has

comprado a la cocinera, has comprado al ayuda de cámara...

Ricardo No he comprado nada; pero voy a comprar un candadito para ponértelo en la boca.

María Perdóname, que ya no despego los labios.

Ricardo Bien; primera parte del plan: ¿Tú sabes quién ha descompuesto los timbres y la luz eléctrica de esta casa y de la mía?

María *(Palmoteando.)* Ahora sí que he adivinado todo... El... *(Se da cuenta de que ha quebrantado la promesa de no hablar y simula coserse los labios cómicamente.)*

Ricardo Pues he sido yo el autor de la avería. Segunda parte: ¿Adivinas quién es el electricista que va a reparar el daño? *(María pugna por hablar, pero guarda silencio, recordando su promesa, demostrando una alegría grande en la cara.)* ¿No me contestas? *(María hace el mismo juego de antes.)* Ya puedes romper el mutismo.

María Guillermo es electricista, pero no comprendo bien...

Ricardo Verás; Guillermo se presentará en mi casa disfrazado de operario, y como entiende de eso arreglará los cables. Aunque Amelia no le conoce, yo le mandaré que baje con cualquier pretexto; tú no te separes de esta habitación, que Guillermo llamará por el tubo acústico.

María ¿Y si hay alguien conmigo y se acerca antes?

Ricardo Como el que se pondrá primero al aparato soy yo, no hay cuidado. Luego bajará a componer los timbres de aqui, y ya procuraré distraer a toda la familia para que no le vea y en cambio tú puedes hablar con él. Afortunadamente no le conoce más que papá.

Escena IV

DICHOS y AMELIA

Amelia *(Entrando.)* Ya es hora de que se te vea.

Ricardo *(Aparte.)* ¡Mi mujer!

Amelia ¡Quisiera yo saber dónde has estado toda la mañana!

Ricardo Pero no te he dicho que tengo que ir una temporada al gimnasio...

Amelia Qué cosa más absurda, meterse allí para hacer esfuerzos y cansarse.

Ricardo No, no. Yo no me canso... Voy al gimnasio de oyente.

Amelia Hay que despedir a la doncella.

María ¿Qué ha hecho?

Amelia Se le ha incendiado el alcohol y por poco me prende los vestidos.

Ricardo ¿Pero no te ha pasado nada?

Amelia Afortunadamente.

Ricardo *(Aparte.)* (De todas maneras, le agradezco la intención a la doncella.)

Amelia *(A Ricardo.)* Supongo que esta tarde me acompañarás a casa de la modista.

Ricardo Lo siento mucho; pero estoy de entierro. Se ha muerto Juanito Lara, y el pobre se alegrará tanto de que le acompañen sus amigos...

Amelia ¿Te burlas?

Ricardo ¡No, tonta! ¡Ah! Si esta noche no vengo a cenar, te escribiré.

Amelia Ya he visto en el despacho la carta avisándome.

Ricardo *(Aparte.)* (Es verdad, que me la he dejado.)

Amelia Ahora no quieres estar nunca en casa. Has olvidado de que has dicho muchas veces que tú y yo éramos una sola persona.

Ricardo Y lo sostengo; una sola: por eso estando solo me aburro.

Amelia Antes de que se me olvide; acaba de llegar el electricista.

María *(Dando un grito.)* ¡Ah!

Amelia ¿Qué te pasa?

María Nada. Los pícaros nervios.

Amelia Tienes que cuidarte mucho; te mandaré a mi médico, al de mamá y al de papá.

Ricardo Eso es una guerra a muerte. Bueno; yo me voy a ver a ese hombre... *(Recalcando y mirando a María.)* para que establezca en seguida el contacto.

María Y dile que tenga cuidado con las interrupciones. *(Vase Ricardo.)*

Amelia Ya sabrás que mi hermano viene dentro de pocos días.

María Me lo ha dicho Ricardo.

Amelia Supongo que te alegrará mucho.

María No tienes idea.

Amelia Tengo unas ganas de que os caséis, porque vas a ser más feliz... Como Lolo hay muy pocos muchachos.

María *(Aparte.)* (Afortunadamente.)

Amelia Siempre pensando en sus partidas de golf y de polo, en sus cacerías, en sus galgos, en sus excursiones en auto, en su tiro de pichón, en su casino... No vas a tener tiempo de aburrirte.

María Lo creo. Por lo menos con él.

Escena V

DICHOS, DON ANTONIO y DOÑA CONSTANZA

Const. *(Entrando con don Antonio.)* ¿Has visto ya a tu marido, Ameli?

Amelia Sí. Acaba de subir a casa porque ha venido el electricista. ¡Ah, papá! Tienes que llamarle la atención a Ricardo.

Antonio Ya sabes, hija, que es tiempo perdido; ¿qué te ocurre ahora?

Amelia Lo de siempre; que no me deja vivir, que goza llevándome la contraria. Es verdad que en mi familia todos tenemos mal carácter.

María Eso se dice antes.

Amelia ¿Os ha contado María el disgusto que me dió anoche aquí mismo, mientras estabais en el teatro?

Const. No; ¿qué fué ello?

Amelia Ya sabéis que estoy... bueno... Pues anoche tuve un pequeño antojo; total, nada, y sin ver el daño que eso me puede hacer se negó en absoluto a complacerme.

Const. En Grecia, cuando una mujer se encuentra en ese estado, el marido vive pendiente de ella. ¡Pero en esta España mía!

Antonio Le llamaré la atención, aunque creo que todo será inútil.

María *(Aparte a su padre.)* Te advierto, papá, que lo que se la antojó a Amelia fué que Ricardo pusiera banderillas a un toro.

Amelia Pues ahora se ha empeñado en que no me oxigene.

Antonio Eso sí que no lo debemos consentir. La salud es lo primero.

María — *(A su padre.)* Pero si donde no la deja oxigenarse es en el tocador. *(Se oye el pito del tubo y María da un grito.)* ¡Ah!

Const. — ¿Qué te pasa?

Antonio — ¿Qué es eso?...

Amelia — Tú no estás bien; te ha ocurrido lo mismo que hace un momento.

María — No es nada.

Const. — Llamaremos al médico.

María — No llaméis a nadie más. *(Suena de nuevo el pito.)*

Amelia — Voy a ver qué quiere Ricardo. *(María se dirige también hacia el tubo, pero lo coge Amelia. Preguntando.)* ¿Eres tú, Ricardo? ¿Qué quieres? *(Escucha.)* Se lo diré. *(A María.)* Tu hermano, que quiere hablarte. *(Se acerca María ligeramente nerviosa.)*

María — ¿Qué quieres? *(Escucha. Con emoción.)* ¡Ah! Es... Eres tú... Están aquí todos, ¿sabes? *(Escucha. Muy nerviosa.)* Sí... sí...

Antonio — ¡Qué nerviosa está mi hija!... Habrá que avisar al médico. *(Mutis.)*

Amelia — A María le ocurre algo. Hay que decirle al doctor que venga... *(Mutis.)*

María — *(Sigue nerviosa.)* No... por Dios...

Const. — Mi Mary se halla en estado anormal; tendrá que venir el facultativo. *(Mutis.)*

María — *(Hablando por el tubo.)* No sé qué les habrá pasado, que me han dejado sola... *(Escucha.)* ¿Cómo? ¿Que me tiembla la voz? Es que no sabe usted lo impresionada que estoy. *(Escucha.)* Bueno; pero se irá en seguida. *(Escucha.)* No sé... *(Escucha.)* Eso, Guillermo... ¡Adiós, adiós, que me parece que vuelven! Dígale a Ricardo que baje con usted y que tenga mucho cuidado... *(Deja el tubo.)*

Escena VI

DICHA, DOÑA CONSTANZA, AMELIA y DON ANTONIO

Entran: don Antonio, con un frasco de agua de azahar y una cuchara; doña Constanza, con un bote de nerviosina, y Amelia, con un frasquito de antiespasmódica y su correspondiente cuchara.

María ¿Pero dónde vais armados de todas las armas?

Antonio He visto que estás un poquito alterada, y he ido por el azahar. ¡Vamos, una cucharadita!

Const. Lo que vas a tomar es un poco de nerviosina; anda, que es inglesa, porque la española no sirve para nada.

María Pero si me encuentro bien. Si yo no necesito medicinas.

Amelia ¿Me vas a negar que estabas nerviosa hace un momento? Una cucharadita de antiespasmódica te sentará bien.

Antonio No tomes potingues, hija mía; un poquito de azahar te hará recobrar la calma.

María No quiero nada... Estoy buena.

Const. Pero Mary... *(Entra Ricardo.)*

Escena VII

DICHOS y RICARDO

María Que no, que no y que no. *(Ricardo, viendo a todos que intentan hacer tomar su correspondiente menjurje a María.)*

Ricardo ¿Estáis sitiando una plaza?

Antonio Tu hermana, que se ha empeñado en ponerse enferma de una vez.

Ricardo Vosotros sí que la vais a matar con tantos cuidados.

María Eso, eso.

Amelia Es que como a ti no te interesa nadie, no te has fijado cómo está hoy María.

Const. Su nerviosidad es excesiva. Está mol tiritonsilla, como decimos los tarragonenses.

Ricardo Ya me he dado cuenta.

Antonio Y no quiere tomar nada.

Ricardo Hace bien; porque la medicina que a ella le conviene la tengo yo arriba.

Const. ¿Algún específico extranjero?

Ricardo No; es español, y hasta creo que madrileño.

Const. ¡Bah! Alguna receta casera.

Ricardo Puede; pero yo os aseguro que es infalible. Luego lo bajaré.

Antonio ¿Te encuentras más tranquila?

María ¡Sí, papá, sí!

Antonio *(Dejando la botella sobre un mueble cualquiera.)* Pues entonces, ya que estamos los de la familia, voy a hablaros de lo que a todos nos interesa. *(Doña Constanza y Amelia dejan también sus frascos en cualquier parte.)* Como dentro de pocos días estará aquí Lolo, hay que ir pensando en la boda. Ayer he visto a tus padres, *(A Amelia.)* y me han anunciado que antes de que emprendamos el veraneo se hará la petición de mano.

Ricardo *(A María.)* Se ha reunido el consejo de guerra.

María Y me van a condenar a muerte.

Ricardo Cuenta conmigo para el indulto.

Antonio Aunque ya es cosa convenida y se ha de cumplir mi voluntad, quiero, para tranquilidad mía, consultar el parecer de todos. A ti *(A Constanza.)* no te pregunto, porque sé que tu opinión es favorable.

Const. Ya lo sabes desde el principio, Antoine.

Antonio *(A Amelia.)* ¿A ti te satisface esta unión?

Amelia ¡Figúrate, papá; me llena de júbilo!

Antonio ¿Y tú qué dices, Ricardo?

Ricardo No he hablado nunca de este asunto, y celebro que se consulte mi opinión. Con los debidos respetos y dejando por completo a salvo la persona de mi cuñado, diré que soy contrario a la boda.

Amelia ¡Pero Ricardo!

Ricardo Estoy dispuesto a dar mis razones...

Antonio No es preciso ni queremos saberlas.

Const. Y en vista de que hay unanimidad de parececes, fijaremos ambas familias, de común acuerdo, la fecha de la petición.

María Supongo que...

Antonio *(Cortándole la palabra.)* Tú, hijita, no debes hablar nada en esta cuestión, por delicadeza.

Ricardo Pues es la que debía tener voz y voto, y a la única que se le debía consultar.

Const. ¿Sabes que te estás volviendo muy sovietista, que decimos los bolcheviquis?...

Ricardo Pues esas ideas han venido del extranjero, mamá.

Escena VIII

DICHOS y el CRIADO

Criado Señor; acaba de llegar el electricista. *(María contiene a duras penas una exclamación de sorpresa, y para disimular su nerviosidad se va al mirador.)*

Ricardo Dile que vaya mirando la línea, aunque yo creo que es aquí donde tiene que trabajar. Ahora iré yo a indicarle... *(Mutis Criado.)*

Const. ¿Aquí?

Ricardo Sí, mamá; aquí está lo que más le interesa a él, porque la avería me parece que se halla sobre esa puerta. Voy a ver al operario. *(Mutis.)*

Antonio *(Mirando a todos lados, y al ver que se aleja Ricardo y que María está distraída en el mirador, reúne a su mujer y su nuera y les dice en voz baja.)* ¿Qué opináis de la contestación de Ricardo cuando le he preguntado su parecer sobre la boda?

Amelia A mí me ha disgustado muchísimo, y os suplico que evitéis que llegue a oídos de papá.

Const. Yo he creído ver algo más que una simple oposición, una streshaussen, que decimos las alegres chicas de Berlín.

Antonio También a mí me parece que Ricardo ha dicho una cosa que no ha dicho... ¿He dicho algo?

Const. ¡Nunca se expresó en esa forma!

María *(Viendo el conciliábulo.)* ¡Ay, Dios mío! ¿Qué estarán tramando? Que no se fijen en mí, porque si se dan cuenta de mi nerviosidad, me van a dar el azahar en duchas.

Antonio Acordaos que cuando la malhadada aventura del Retiro, Ricardo no la condenó.

Const. Y hasta se atrevió a decir que se debe dejar a todo el mundo guiarse por los impulsos de su corazón. ¡La pícara educación española!

Antonio Vámonos a mi despacho a cambiar impresio-

nes. *(Inician el mutis.)* Porque se me ha metido entre ceja y ceja que... *(Vanse por la puerta de la derecha.)*

Escena IX

MARIA y RICARDO

María Se han ido a conspirar a otro lado. Más vale así. Estaba como sobre ascuas. *(Llega hasta la puerta por donde hicieron mutis, y mira para cerciorarse de que se alejan. Se queda un poco más tranquila.)*

Ricardo *(Entra por la puerta del foro, ve a María mirando por la otra puerta. En voz baja.)* ¡María, María!

María *(Un poco asustada.)* ¿Qué? ¿Eres tú?

Ricardo ¿Y la familia?

María Acaba de salir; han estado hablando en voz baja.

Ricardo ¿Sospecharán algo? No creo.

María ¿Y Guillermo?

Ricardo Ahora vendrá. Yo me he adelantado para hacer la descubierta. Ya habrás visto cómo las gastan los autores de nuestros días.

María ¡Ya, ya!

Ricardo Y yo, que te quiero mucho, no estoy dispuesto a que te pase lo que a mí el día de la boda. No te acuerdas cuando me preguntó el cura, ¿quiere usted a doña Amelia de Guevara por esposa; y yo le respondí: Padre, es usted el primero que me lo consulta?

María No me he de acordar.

Escena X

DICHOS, GUILLERMO y un CRIADO

Criado *(Con una escalera de mano de las llamadas de tijera. Entrando.)* Señorito; aquí viene el electricista; ¿dónde se pone la escalera? *(María da muestras de un nerviosismo exagerado.)*

Ricardo Déjela ahí. *(Se va a la puerta del foro.)* Pase

usted por aquí. *(Entra Guillermo convenientemente disfrazado.)*

Guiller. Con permiso.

Ricardo *(Al Criado.)* ¿Qué hace usted?

Criado Me quedaré, por si hay que ayudar a este hombre.

Ricardo Para lo que va a hacer no necesita la ayuda de nadie. Retírese. *(Mutis Criado.)* Bueno; y ahora supongo que tendrán ustedes mucho qué hacer. *(Muy sonriente.)* Y como yo sé que el onceno mandamiento es no estorbar, me difumino.

María Estoy asustadísima. ¿Y si nos sorprenden?

Ricardo No hay cuidado; el señor es el electricista, y yo le ayudo... *(Preparando el mutis.)*

María Pero ¿qué vas a hacer?

Ricardo *(Maliciosamente.)* De aislador. *(Mutis por donde se fueron los padres; pequeña pausa. María, que ha estado triste, se anima y le anima a que hable.)*

María ¿No habla usted, Guillermo? ¿Es que le parece una locura lo que ha hecho mi hermano? Papá sólo le ha visto a usted una vez; ahora que temo que le conozca a usted. ¡Qué disgusto, Dios mío!

Guiller. Una locura; evidentemente es una locura. Su hermano de usted no es culpable. Esta estratagema de la luz hice yo que se le ocurriera a él. No me resignaba a no ver más esos ojos, que eran mi luz y mi guía. Sé que la van a casar a usted, y es preciso terminar el diálogo que interrumpió su papá de usted en el Retiro. Preciso es que nos despidamos para siempre. Tengo el presentimiento de que no me volverá usted a ver.

María *(Alarmada.)* ¿Se va usted a matar?

Guiller. La vida que Dios nos da, El debe quitárnosla. Matarse es de cobardes. Debemos vivir con honor, ya que el honor depende de nuestras virtudes.

María ¡Cuánto me alegro que piense usted así; que no sea usted cobarde!

Guiller. Nada traemos a este mundo; nada nos llevamos; ¿a qué temer? Voy por la calle con la cabeza muy erguida, más que si fuera ciego. Hasta hoy, ¡ilusiones de la mocedad!, el orbe me parecía pequeño para ofrendárselo a una bella niña. La princesita de mis sue-

ños locos no quiso torcer la voluntad de sus mayores y se resignó a ser de por vida desgraciada. ¡Qué le voy a hacer! Yo podía, yo puedo pelear y vencer; con una sola palabra, menos aún, con una mirada, soy capaz de conquistar lo inconquistable... Si ella no quiere, ¡qué le voy a hacer!

María No tiene usted derecho a hablarme como lo hace. Estoy enterada de todos sus planes por mi hermano. Sé cuánto ha sufrido, cuánto sufre usted por mí; pero yo no puedo, ni debo, ni quiero dar un escándalo. Soy una chiquilla que no olvida lo que usted la decía. Tengo y tendré muy presente que la prudencia debe ser freno en la juventud y la alegría bálsamo en la vejez. Yo le juro a usted que no me casarán con quien usted piensa.

Guiller. Quien quiere de verdad, no razona, y nosotros razonamos.

María Repito que no me casarán contra mi voluntad.

Guiller. Cuando se está enamorado, todas las locuras tienen justificación.

María Fíe usted en mi palabra.

Guiller. La casarán a usted. Es ley de vida. Usted obedecerá los cariñosos mandatos paternales. Ahora que me tiene usted delante de sus ojos, jura usted, porque así lo siente su corazón. Cuando no nos veamos, cuando Ricardo, que es hermano mío por lo que me quiere, no alimenta nuestra pasión, usted olvidará al pobre Guillermo, al triste peregrino de amor que fué maltratado por su padre de usted en el Retiro.

María *(Digna.)* Lo que voy a decir no sé si lo he leído en parte alguna; lo que aseguro es que voy a hablarle a usted muy en serio.

Guiller. Me alarma usted, María.

María No tiene usted derecho ni motivo para dudar de cuanto yo haga, de cuanto yo diga... ¿Que habré de casarme? Naturalmente; esa es la suprema aspiración de una muchacha honesta.

Guiller. No se moleste usted, Mariquita; yo he venido a darle el último adiós, pero sin que se entristezca usted por ello. *(Muy triste.)* ¿No me ve usted a mí qué contento estoy?

María Es verdad; no había reparado que casi está

usted llorando de risa. No nos engañemos, Guillermo; las almas gemelas se ven, se hablan de lejos. Usted y yo sabemos que el amor y los besos son impalpables e invisibles para todos menos para los protagonistas. No olvide usted, Guillermo, que conservar un cariño es más difícil que hacerlo nacer, y, finalmente, que yo no me casaré contra mi voluntad, como casó mi hermano; porque lo que la ley manda, la ciencia ve y la Iglesia santifica, debe ser el amor. *(Pequeña pausa.)* ¿Se ha quedado usted mudo? Usted, que tanto y tan bien sabe hablar.

Guiller. En amor, quien habla, siembra; quien escucha, recoge.

María Eso que ha dicho usted es de un libro, y en este momento deben hablar nuestros corazones.

Ricardo *(Entrando precipitadamente.)* ¿En qué os andáis?

María *(Muy asustada.)* ¿Quién viene?

Guiller. *(Subiendo precipitadamente a la escalera.)* ¿Viene alguien?

Ricardo Nadie. Soy yo, que quería recordaros que estoy haciendo de cortacorrientes, lo cual que no tengáis miedo. *(Guillermo baja de la escalera.)* Bueno, ¿en qué habéis quedado? Lo de escribiros, resuelto. Yo soy el cartero mayor del reino. Pero ¿y lo de aplazar la boda sin que riñamos con papá, sin que nos meta a todos en Santa Rita?

Guiller. Lo mejor es que yo me descubra y hable con tu padre, o que me vaya.

Ricardo Si papá se entera, se encarece el algodón hidrófilo.

Criada *(Entrando y asustando a los tres.)* Señorito Ricardo; dice el señor que vaya el eléctrico al despacho, que se ha desmangarillao el enchufe.

Ricardo Di que ahora irá, porque lo de aquí tiene difícil arreglo. *(Mutis Criada.)*

María ¡Como nos ha sorprendido la chica, podía habernos cazado papá!

Ricardo Yo me voy para evitarlo, y tú acaba cuanto antes. *(Mutis de Ricardo.)*

Guiller. Estoy pensando que hubiera sido preferible que nos hubiese sorprendido su papá.

María ¿Y usted cree que con esto se había salvado

la situación? Al contrario, habría empeorado mucho. Y si no, recuerde usted que lo del Retiro le costó salir de casa a mi señora de compañía, y como usted sabe, me han tenido en casa constantemente. Si nos sorprenden por segunda vez, no quiero pensar lo que ocurriría.

Guiller. Por eso la dije al principio de nuestra conversación que venía únicamente a darla el último adiós; así es que... *(Inicia el mutis.)*

María ¿Y tan solo por eso se ha expuesto?

Guiller. Tratándose de usted, por mucho menos haría mucho más. Pero con mi presencia la estoy perjudicando a usted; por lo tanto, vamos a despedirnos como dos buenos amigos.

María No...; eso no, Guillermo.

Ricardo *(Entrando muy apurado.)* Santa Bárbara bendita, ¡papá, papá! *(Guillermo sube a la escalera.)*

María ¿Viene solo?

Ricardo Viene con la filarmónica, la sinfónica y la banda municipal... *(Entran don Antonio, a quien precede la Criada, portadora de cuarenta, sesenta, cien cajas de rollos de pianola.)*

Antonio Déjelos usted ahí, que los voy a probar con calma. *(Cara de espanto en María y Ricardo.)*

Ricardo ¿Los vas a probar todos, papá?

Antonio Todos; ahora vienen Amelia y mamá, que quieren oír el «Parsifal». ¡Lo tengo entero!

María ¡Dios nos coja confesados!

Antonio No comprendo que seas wagneriófoba.

María *(Aparte.)* Menos mal que no se ha dado cuenta. *(Alto.)* No es mi músico. *(Mimosa.)* Como tengo hoy los nervios de punta, preferiría, papaíto, que te fueras con la música a otra parte.

Antonio Déjame poner el «Parsifal».

Ricardo Wágner, no, papá; tengo una cuestión personal con ese músico. Digo, María lo sabe.

Antonio ¡Qué chiquillada! Oiremos a Beethoven. *(Se dispone a colocar un rollo.)*

María Le vas a dar un disgusto a Ricardo. Te olvidas, papá, de que mi hermano es anglófilo, y tú nos haces oir a todas horas música alemana.

Antonio El arte no tiene fronteras; pero respetando vuestras tonterías, pondré «Pastora ha vuel-

to a marcharse»; este rollo es de lo más hispanófilo... *(Lo pone. Entran Amelia y doña Constanza.)* Ahora, sentaditos, os voy a dar un concierto de música española hasta que me digáis que os aburre...

Const. ¡Qué asco! ¡Música nacional!

María No sé para qué gastas dinero en esas monsergas.

Antonio Pues vosotros os pasáis la vida oyendo cuplés.

Ricardo Por ver si se estropea el piano eléctrico. *(Don Antonio ha metido el enchufe y no funciona el aparato.)*

Antonio Pero si no hay corriente. Ricardito, pregunta a ese señor si tardará mucho en haber flúido.

Ricardo *(Sin preguntarle.)* Dice que un par de meses.

Amelia Cómo te gusta hacer el Tonino. Yo se lo preguntaré.

Ricardo Te guardarás muy mucho de dirigirte a un señor a quien no estás presentada. *(Muy enfadado.)*

Const. Richard, por mon Dieu; si no es un señor; si es el lampista incandessao, como decimos los lusos.

Ricardo *(A María.)* No te asustes, que voy a armar una pelotera para salvaros. *(A su mujer.)* Siempre tienes que salir con una de las tuyas cuando hay gente delante, y ya se me está acabando la paciencia, y un día...

Amelia ¿Pero qué pasa? ¿A qué viene esto ahora?

Ricardo No te hagas la disimulada; ya me comprendes.

Amelia ¡Como no te expliques!

Ricardo Hay cosas que no tienen explicación, y ésta es una de ellas.

Const, Pero hijo mío, ¿por qué te pones así?

Ricardo Ya lo sabes, Amelia; y no estoy dispuesto a aguantarlo, y... no digo más...

Amelia ¿Qué dices?

Ricardo Que no digo más.

Amelia Lo que tú buscas es que llegue un día en que me canse y me vaya a casa de mis padres.

Const. ¡Qué locura!

Amelia Y no tardará mucho...

Antonio ¡Amelia!

Amelia ¡Ya llegó! Y me voy ahora mismo. Lo ven

ustedes lo que es este hombre. *(Se echa a llorar.)*

Ricardo Vámonos, vámonos de aquí; acompáñanos, mamá, y tú, papá, y tú... *(A María.)* quédate si quieres.

Antonio ¡Qué disgusto más tonto! Idos todos, que Maruja y yo nos quedaremos hasta que ese señor acabe. Buen juicio va a sacar de nosotros.

Const. Ven. *(Se sienta.)* Y no hagas caso de ese loco, que cada vez te quiere más. *(Confidencialmente.)* Tiene celos hasta de su sombra. Todo eso es amor, todo es cariño.

Amelia Pero me trata muy mal.

Antonio *(Al electricista.)* ¿Oiga usted, joven? *(Guillermo vuelve la cabeza y se oculta la cara, como si se limpiara el sudor.)* ¿Le falta a usted mucho?

Ricardo *(A María.)* Me parece que ha llegado el fin del mundo.

Antonio ¿Le he preguntado a usted que si terminará en seguida? *(Un momento de silencio embarazoso, durante el cual Guillermo no sabe qué partido tomar. Un poco molesto.)* ¿Pero es que no me va usted a contestar?

Guiller. *(Tomando una resolución.)* Basta de farsa. *(Baja de la escalera.)*

Ricardo El juicio final.

María *(A Ricardo.)* Buena la has hecho.

Antonio *(Se queda mirando a Guillermo.)* Pero ¿cómo?... ¡Esa cara!... Si es... el canalla con quien hablaba mi hija en el Retiro.

Const. / **Amelia** ¿Cómo?

(Muy tranquilo.) Está usted equivocado. Yo soy la persona *(Recalcando la persona.)* a quien sorprendió usted.

Antonio Y ahora ha tenido usted la osadía de entrar en mi casa valiéndose de un engaño, ¡como los ladrones! Mis criados le echarán ahora mismo, después de que yo haya castigado su villanía como se merece...

Guiller. De su casa de usted no me echarán sus criados, porque yo soy más fuerte que ellos y tengo de mi parte la razón. Me iré yo. Pero antes me tiene usted que oir.

Const. ¡Qué avilantez!

Amelia *(A su marido.)* ¿Pero tú qué dices?

Ricardo Digo que tiene derecho a defenderse.

Antonio No me quedaba otra cosa que escuchar.

Guiller. Yo no he entrado en su casa como un ladrón; he querido despedirme de su hija de usted, de acuerdo con Ricardo y en presencia y a la vista de Ricardo. He entrado sin que usted me viera, es verdad, y esto es lo único censurable en mí; pero he tenido que entrar así, porque usted, como todos los padres, educan a sus hijos con verdadero rigor.

Antonio Esto no se puede tolerar. *(Le sujetan.)*

Guiller. Piensan ustedes que los hijos no han de servir en la vida más que para obedecer. Les traen ustedes un marido, como si se tratara de un juguete más.

Antonio Váyase, váyase usted de mi casa o no respondo, y castigaré con mi mano dura su insolencia y atrevimiento.

Guiller. Injúrieme usted, pégueme usted; mi rencor durará menos que el dolor que me produzcan los golpes. No tema usted que insista; me voy satisfecho, porque me llevo lo que más vale de esta casa: el corazón de su hija.

Antonio Si tal supiera... Pero no; usted venía buscando mi dinero...

Guiller. Ella sabe que no es verdad. El azar nos puso en la misma vereda. A María la adoro, la venero, la idolatro; no por su dinero, sino por su bondad, que es infinita. El dinero, cuando se tiene amor y juventud, no se ha de menester. El dinero, es el hombre quien debe ganarlo.

Antonio Basta; no puedo más.

Guiller. ¡Adiós, hermano Ricardo!... Señorita María, hasta nunca; obedezca usted siempre a sus padres; pero no olvide que el verdadero, es el primer amor, y que antes de que pierda usted su libertad, véase en el espejo de Ricardo. ¡Buenas tardes! *(Mutis rápido.)*

Antonio *(Va a salir tras él y le contiene su hijo.)* ¡Canalla, granuja!

Amelia ¡Pégale, Ricardo, pégale! *(María, que ha estado asustadísima toda la escena, se yergue, se pone delante de la puerta, como si tratara de defenderle, y dice con mucha energía, procurando que se note el contraste.)*

María ¿Pegarle? ¿Por qué? *(Se agrupan los padres y Amelia, Ricardo y María forman un grupo.)*

Antonio ¡Pobre hija mía! Dejadla, que está enferma; ella volverá a la razón cuando se convenza de que ese hombre no es nadie, no tiene sobre qué caerse muerto.

María Para mí, lo tiene todo.

Antonio *(Paternal.)* ¿Qué dices?

María Que tiene veinticinco años y mi cariño. *(Se coge a su hermano, como si necesitase defensa. El padre hace señas a su mujer como indicándole que está loca. La madre llora y Amelia se asombra.)*

Const. En mi vida he visto una hija más iceberesca, como decimos los esquimales.—*(Telón.)*

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

Una azotea de casa moderna. A la izquierda, un torreón con puerta practicable. A la derecha, puerta que se supone da a las habitaciones interiores. Muchos tiestos, mucho sol.

Escena primera

MARIA, con una plancha eléctrica, practicable, plancha una prenda de niño. Después saca de un lebrillo con agua una camisita de niño y unos pañolillos, los retuerce, los sacude y los tiende. GUILLERMO, tendido sobre un alfombra, juega con un chiquillo o chiquilla de unos tres años y medio. María, que estaba como para morirse ética, usufructúa grandes caderas, voluminoso frente y colores de salud; vamos, que está como para proclamar ¡el amor libre!

Guiller. *(Jugando con el chiquillo, que se está durmiendo.)* Este demonio de muñeco no sé a quién ha salido. *(Al niño.)* Pequeñaco, comino, pispajo, eres de la piel de los diablos; no me dejas hacer nada.

María *(Planchando.)* ¿Que tú eres malo, rey mío? ¿Que eres un comino, gigante de la Arabia? Tírale, tírale de los pelos a tu padre. *(El chico lo hace.)* Por calumniador, para que no te menosprecie, encanto...

Guiller. ¡Pero Antoñito; por Dios, hijo, que me precipitas la calvicie!... *(Le besa.)* Hijo, hijito; no hagas caso a mamá y duerme un poquito, que en cuanto esté la fosfatina nos la comeremos

los dos, sin darle nada a ella, por mala. *(Mientras dice esto acuna al niño.)* Mira, María, mira. ¿Te fijas qué modorra tiene este angelote?

María Anda, cántale algo y le echamos en el colchoncillo que hay en el torreón.

Guiller. Canta tú, mujer; yo tengo una voz de becerro que no me la merezco. *(Sigue en el suelo arrullando al niño sobre sus rodillas.)*

María Tararea eso de

«Banderita, tú eres roja...
como el vino de Rioja...»

Guiller. Si canto la banderita se despabila y no me queda un pelo para un remedio.

María Pues canta lo que quieras, pero déjame acabar esto.

Guiller. *(Cariñoso.)* Mira, muñeca mía; si no viene la criada que esperamos, llamas a una asistenta, o que suba la portera, o el moro Muza, porque si no vas a caer mala. *(Ríe.)* Además, que si yo tengo que dormir al niño, voy a tener que dar unos valsones por la Plaza de Oriente. *(Canta. Mece al niño.)*

«Pisa morena, pisa con gracia,
que un relicario me voy hacer»...

(María lo mira y se ríe. Guillermo se levanta y lleva al niño dormido al torreón, de puntillas, cantando.)

«Los cabellos de Filomena
yo los veo siempre en la cena;
tralarán, tralarán, larán;

(Dentro.)

tralarán, tralarán, lilorlín, pin, pan».

(Sale del torreón.) Mira, Marujita mía. De hoy no pasa. No consiento que trabajes. ¿Te parece poco cuidar a ese diablejo suelto? Déjame que te ayude. Trae, que yo tengo una gran cultura en esto del brillo. ¿A que no has echado añil en el almidón?

María *(María ríe.)* No seas cominero; ¿no ves que estoy acabando? *(Se pone a torcer ropa; Guillermo se remanga cómicamente y la imita.)*

Guiller. No me negarás que en esto de retorcer la ropa me llevo el campeonato. Siéntate y descansa.

María ¡Guillermo, por Dios, que te pueden ver!

Guiller. Muñequita, si estamos en la azotea más alta

de Madrid, a dos mil metros sobre el nivel del Manzanares.

María No me negarás que te puede ver un aviador.

Guiller. *(La hace unos mimos.)* Miren mi muñequita, haciendo chistes como García Alvarez.

María Se acabaron los chistes. Vamos a hablar un momento en serio.

Guiller. ¿Muy en serio? *(Se pone un dedo en sentido horizontal debajo de la nariz y otro debajo de la barbilla, simulando una perilla.)* Habla, que te escucha un sargento de la Guardia civil.

María Todo lo tomas a chacota, siempre estás haciendo diabluras para verme contenta, lo sé. Pero ahora quiero que me escuches en serio, muy en serio...

Guiller. No sabes cuánto me choca ver a mi ángel de la guarda, porque tú eres mi santo ángel de la guarda, seria, muy seria, como una mujercita llena de contrariedades y de preocupaciones. Habla: te escucho en serio por primera y última vez; en serio, muy en serio. *(Muy cariñoso y sin dejar de mirar, amoroso, a María.)*

María Mañana hace ocho días que estamos en Madrid. El domingo hará cinco años que me sacaste depositada y nos casamos. Cinco años y unos días hace que no veo a mis padres.

Guiller. ¿Te lo he impedido yo?...

María No; me lo he prohibido yo misma, porque así éramos felices. *(Guillermo va a hablar y ella no le deja.)* Déjame hablar, tengo un ahogo, un peso en el corazón; cuando te haya dicho todo cuanto quiero decirte, me aconsejas tú que eres hombre, tú que tanto sabes, y yo haré lo que tú me mandes, sin replicar, sin discutir, con la misma alegría de siempre.

Guiller. Estoy leyendo lo que estás pensando. Tus ojos, ¡vida de mi vida!, hablan, contra tu voluntad, un lenguaje que yo sólo comprendo; y es que cuando dos almas se juntan sin otro móvil que el amor, funden sus corazones en uno solo de cristal, y ya nunca más pueden ocultarse nada. Háblame, muñequita mía; háblame, que no te interrumpiré; háblame, aunque ya sé todo cuanto tienes que decirme.

María A buen seguro que no hemos olvidado ningu-

no de los dos que papá, cuando me sacaste depositada, juró no verme ni después de muerta... Hasta hoy está en pie su juramento. Yo, por mi parte, no le he escrito, ni para que supiera que tenía un nieto que se llama como él. Hemos vivido en varias provincias. Avila una de ellas, y aunque veíamos Madrid cuando no había niebla, nunca he mostrado el menor deseo de que me trajeras a Madrid, siquiera fuera para ver a mi hermano Ricardo, que es tu cuñado, tu amigo.

Guiller. *(Interrumpiéndole.)* Que es mi hermano. No puedo escucharte callado; quiero evitar el que te martirices dando rodeos inútiles, estériles; pídeme lo que quieras, pídemelo; al fin y a la postre haremos lo que tú quieras. ¿No recuerdas el consejo clásico: «si tu mujer piensa que te arrojes del balcón a la calle, múdate a un piso bajo»? Boba, bobita, pide lo que quieras. ¿Es muy dificultoso lo que pretendes?

María ¿Dificultoso? ¡No! Me he pasado cuatro años y pico rezándole, pidiéndole a la Virgen de la Paloma que te trasladaran a Madrid; por fin conseguí lo que tanto ansiaba. En cuanto puse el pie en mi Madrid te indiqué mi deseo de ver a Ricardo.

Guiller. Y tu hermano vino conmigo a la media hora de tú decírmelo y comió con nosotros, y aquí se pasa las horas muertas jugando con el pequeño; y yo encantado, porque sé que te hace feliz y porque le quiero como a ti misma.

María ¿Y yo no estoy loca de contenta? Ahora que desde el punto y hora en que vi a mi hermano, ni duermo, ni sosiego, ni descanso. ¡Compréndelo, Guillermo! Tengo la seguridad, mi corazón no me engaña, de que me recibirán en mi casa con los brazos abiertos. Quiero ver a mis padres. En cuanto me vean, en cuanto besen a nuestro Antoñito, nos perdonarán; de sobra sé yo que mi padre se portó mal contigo, que te injurió, que casi te puso la mano encima; lo sé, Guillermo, lo sé; pero tú no eres malo, tú no eres rencoroso; ten en cuenta que no padece tu amor propio; no eres tú quien se rebaja, quien da su brazo a torcer; soy yo, su hija, la que va a pedir la paz. ¡Yo! Que no consen-

tiré la menor mortificación para ti; porque tú eres quien me quiere, quien me ha hecho mujer, quien me defiende, quien me ha dado un hijo... *(Pequeña pausa.)* ¿No me contestas? Piensa que han pasado cinco años; considera que llevo ocho días sin descansar pensando en ellos, en ellos, que son mis padres y están un paso de la casa en que vivimos. *(Guillermo se ha tapado la cara con las manos.)*

Guiller. No sé qué decirte; nunca te he contrariado; tú tampoco has discutido mis decisiones, en todo me has seguido ciegamente. Esperaba esta petición, he pensado mucho sobre ella, y no me he dado jamás contestación que me satisficiera. Tú sabes cómo me echó de su casa tu padre; a ti te consta que no soy capaz de aguantar nada a los hombres. *(Se va exaltando.)* Tu padre ha sido en mi vida la excepción. Sus canas y lo mucho que te quiero han evitado nuestra ruina y nuestra deshonra. Tienes razón, yo no soy rencoroso; pero la vida ha puesto entre nosotros una valla de oro. Esa valla es infranqueable para un hombre digno como yo... ¿Olvidas que tu padre tiene millones?

María Nunca lo olvidé. Los tuve muy presentes cuando renuncié a ellos por ti. El dinero no me seduce; de sobra sé que la riqueza la llevamos nosotros dentro. Yo daría ahora mismo una mano, diez años de vida porque mis padres no tuvieran sobre qué caerse muertos, porque vivieran con nosotros y a tus expensas...

Guiller. Y yo; te lo juro por nuestro hijo. Ahora, que creo conveniente meditar un poco el paso que quieres dar... ¿Crees que no habría gente que pensase mal de mí?

María *(Con energía.)* Serían unos malvados.

Guiller. Unos malvados, unos miserables. Pero ten la seguridad de que habrá quien diga que Antoñito, ese ángel que Dios nos ha dado para que nunca riñamos, ha servido de cebo para pescar los miles de los abuelos.

María Entonces no hablemos más de esto. *(Haciendo de tripas corazón.)* En pago al mal rato que te he proporcionado, toma. *(Le da un beso en la frente. Se levanta. Estaba de rodillas*

apoyada en Guillermo.) Voy a echarle una manta al nene, no coja frío el angelito.

Guiller. *(La detiene, la abraza amoroso.)* Espera... estoy tan seguro de que me quieres más que a tus padres, más que a nuestro hijo, tanto como a Dios, nuestro Señor, que no sé negarte lo primero que me has pedido con el alma en los labios. Sé que si te negara lo que me pides, tu corazón seguiría estando dentro del mío. Por esto debo ser yo quien ceda, y además, porque siempre que te miro tengo *(Se exalta y acaba llorando.)* delante de los ojos a mi madre, llevada de tu brazo, contigo a todas horas. En sueños os oigo hablar, y es que nunca se aparta de mí el recuerdo de que mi vieja cegaba por ti, de que tú la cerraste los ojos, de que su último beso fué para ti, para su hija, para quien la dió la felicidad haciéndola abuela... Por lo que tú la querías, te pido que vayas a la casa que yo no debo ir; ve, lleva a nuestro hijo; besa mucho a tu madre, que es una santa; bésala como besabas a la mía. Y después... después le dices a tu padre que no voy contigo a pedirle perdón, porque no he cometido otro pecado que quererte, y este pecado lo ha santificado Dios dándonos un ángel de su gloria: ¡nuestro hijo! *(Se abrazan y lloran un poquito.)*

María ¡Qué bueno eres! Ahora, que yo no quiero que tuerzas tu voluntad. *(Va a hablar y no le deja.)* Calla y escúchame. ¿Te parece que estoy poco contenta? ¡Hoy es para mí día de gloria! ¿Qué más quiero que en este mundo, como remate de nuestra felicidad, hagas las paces con mi padre? Sin esa nubecilla, nuestro cielo será más azul, ¡el mejor del mundo! Te voy a decir una cosa que te alegrará muchísimo.

Guiller. Todo cuanto diga ese piñoncito rosado, tiene que alegrarme. ¿Qué cosa es?

María ¡Una tontería! Oye: ¿y si en vez de ir yo a la montaña, viniera la montaña a este rayo de sol en que hemos colgado nuestro nidito? ¿Qué te parece?

Guiller. Me parece tan de perlas, que voy a premiar tu ideíca con un beso y un abrazo. *(Huye María y él la persigue amoroso.)*

María No metas «bulla», que se va a despertar el ni-

ño. *(Suena la campanilla.)* Han llamado. ¿Será mi hermano? *(Se dispone a ir a abrir.)*

Guiller. Deja. Yo abriré. *(Mutis.)*

Escena II

DICHOS y GENOVEVA

(María entra en el torreón. Se oye un beso y sale de puntillas.)

Guiller. *(Dentro.)* Pase usted por aquí; María, es la muchacha que esperábamos. *(A ella, bajito.)* Tómala, y ¡sea lo que Dios quiera! *(Alto.)* En el despacho estoy; si quieres algo, me das una voz. *(Mutis.)*

María ¿De modo que usted es la muchacha?...

Genov. Servidora. *(Se sienta.)* Con licencia, me voy a sentar, porque el venao del portero ha escachapao el ascensor pa que no suba; ahora que no sabe ese tío cerdo, que el Sindicato le hará agachar los morros y dejarnos subir en el ascensor como a los carteros. ¡Pues no faltaba otra cosa! Como si no fuéramos toos hijos de Dios.

María ¡Bien, bien! Deje usted al portero ahora y siéntese.

Genov. ¡Qué voy a dejar! Mucho levitón y muchas patillas, y luego puc que sea la tapadera de algunas señoronas de la casa... El tío méndigo puesto en limpio...

María No se sofoque. ¿Quién la manda a usted?

Genov. ¿Mandarme a mí? ¡No hay quien! Yo hago lo que me sale del copete del rodete.

María *(Aparte.)* Antes de echarla a empellones, la oiré. ¿Decía que quién la enviaba?

Genov. El Sindicato. ¡Qué hay de eso! Y ahí va mi última voluntad, vamos, mis condiciones. Cobro un mes adelantao y otro en fianza; me tomo una hora diaria en verano pa ver al gachó e rosca que me camela, y en ivierno, dos horas de conversa en la cocina al amor de la lumbre, porque en la calle se costipa el angelito mío. ¿Voy bien?

María ¡Muy bien! Siga usted.

Genov. Practico la semana irlandesa, u séase que

güelgo los domingos y no trabajo más que seis horas los días que tienen ése.

María ¿Cómo?

Genov. Los días que tengan s, la letra s. ¿No está claro?

María ¡Clarísimo!

Genov. Nesecito un cuarto bien oxigenao y sin bichos, porque en la última casa en que me he repudrío sirviendo, era tan espesa la señora y había tantas pulgas, que cogí una encima de la almoá creyendo que era mi portamonedas.

María ¿Le faltan muchas condiciones que exponer?

Genov. ¡Unda! ¡Un porción! ¡Que ca vez que se rompa un cacharro me tien que indenizar, porque eso es un acidente del trabajo.

María Y de sueldo, ¿qué quiere usted?

Genov. Yo estaba ganando quince duros.

María Aquí no damos más que doce... *(Aparte.)* pesetas.

Genov. Como habrá poco trabajo, me quedaré. ¿No hay críos, verdá?

María Sí, señora. Hay uno.

Genov. Lo siento, porque les tengo una tirria.

María ¿De dónde es usted?

Genov. De Romanones... *(Pequeña pausa.)* Provincia de Guadalajara. Soy paisana de Saleri II. Hemos ido juntos a la escuela; pero ahora como se retrata de chaquete y gabina, se hace el chivo loco, y ni el saludo.

María Aquí las muchachas no tienen casi que hacer compras. Se gasta todo al por mayor, y algunas cosas las trae mi esposo. *(Campanilla dentro.)*

Genov. *(Aparte.)* Que debe ser el encargao de la sisa.

María A mí me gusta mucho la limpieza

Genov. A buena parte va usté. Si me estoy más de cinco días sin barrer la cocina, me disgusto. A más, lavo los huevos antes de freirlos...

Genov. ¿Hay señorito joven?

María Y muy guapo; mi esposo.

Genov. Pues me tiene usted que dar dos duros más, porque una no gana na siendo joven el señorito; que una no está libre de habladurías, y me pue pasar lo que en la calle de Cádiz, que el señor casualmente, en un pasillo...

María Aquí no hay casualidades, ni pasillos. Dígame: ¿sabe usted tocar el piano? *(La criada*

dice que no con la cabeza.) ¿Y pintar marinas? ¿Y cantar ópera? Pues no me sirve usted. Vamos, que sus servicios no me convienen. *(Ricardo y Guillermo entran.)*

Escena III

MARIA, GENOVEVA, GUILLERMO y RICARDO

Guiller. María, estáis tan entusiasmadas que no habéis oído que llamaba tu hermano.

María Conque ya lo sabe usted.

Genov. Pues lo siento; ahora que pa ser una triste sirvienta no creo que haiga que ir al Conservatorio; ¿pa qué quie usté que toque el piano?

María Para que no se me haga muy duro fregar los suelos mientras usted practique la semana irlandesa. A mí la semana que me gusta es la semana bolcheviqueriana; ¿no la conoce usted?

Genov. De oídas.

María Pues consiste en trabajar todos los días 25 horas y los domingos 31.

Genov. Otra vez será... *(Aparte.)* ¡Sí que son guapos los señoritos! Bueno, señorita; que no canse la salú, y si usted quiere que me quede unos días tan y mientras encuentra usted otra...

María *(Empujándole.)* ¡Muchas gracias! La casa es un pañuelo y me lo arreglo yo todo en un periquete.

Genov. *(Aparte.)* Si me quedo, infierno el matrimonio. *(Inicia el mutis.)* No se moleste, que sé salir; no tenga usté miedo, que no me se engarabita ningún objeto entre los dedos. *(Ya traspuesta la puerta.)* Que yo puede que sea un poco comunicativa, pero ladrona, no es por ahí... que estuve yo en una casa en que la señora se guardaba todo lo que veía... *(Los dos hombres se ríen mientras María ha echado a empujones a la muchacha.)*

Ricardo Esta criada ha sido orador en la otra vida. Mira que charla.

María *(Entrando.)* Ya se fué. ¡Gracias al Señor! ¿Y

quieres que tome criada? No, no y no. Prefiero dormir dos días a la semana en la cola del aceite.

Guiller. Dormiremos en todas las colas, pero no te enfades...

Ricardo Buenas están las domésticas.

María ¡Qué me vas a decir a mí! La última que tuvimos nos dijo un día que se había herido con un tenedor y me preguntó si se le enconaría; yo le dije que no se apurase, que los cubiertos eran de plata, y por la noche se largó con todos los que había en el aparador.

Guiller. ¿Pues y aquella que tuvimos que abrió la jaula del canario para que se ventilara?

Ricardo Pero todo eso se puede aguantar a cambio de lo bien que os lleváis; en cambio, yo he tenido hoy una pelea con Amelia como para emigrar. No tenéis idea de lo desgraciado que es un hombre que no sabe otra cosa que engañar a su padre. Si yo supiera ganarme la vida como tú... No he emigrado yo a la Argentina por no saber el idioma.

Guiller. Pero si se habla español.

Ricardo Me refiero al idioma de los trabajadores.

María ¡Pobre Ricardito mío; qué penas pasarías tan lejos y solo, y sin tener quien te hiciera el nudo de la corbata!

Guiller. Obligado te veas para que lo creas. A todo se acostumbra uno.

María ¡Ya lo creo! Dios no nos dé todo cuanto podamos sufrir.

Guiller. Fíjate en un detalle, en una pequeñez. Tu hermana, cuando nos casamos, le hacía extraños al cocido y al bacalao; ahora, en fuerza de ponerlo por recurso, le ha tomado tanto cariño que no podemos pasar sin esos dos manjares plebeyos.

Ricardo Si yo le digo a Amelia que coma cocido, tienen que acuartelar las tropas. Bueno, a lo que venía... *(Temiendo.)* Si no te parece bien, me lo dices, pero sin enfadarte, sin dar voces, porque mi mujer me tiene hiperestésico.

Guiller. ¡Ricardo, por Dios, que no soy un escandaloso! *(Riendo.)*

Ricardo Pues quiero decirte, que si no te molesta, si no te disgusta, si quieres... Mira, díselo tú, María, porque a mí se me hace un nudo. *(Guillermo ríe.)*

María Ya lo sabes; que papá y mamá van a venir hoy, y esperan que les mandemos recado si queremos recibirlos.

Guiller. ¿Que si queremos recibirles? Ahora mismo voy yo a buscarles. *(Se dispone a marchar.)*

Ricardo No te molestes, que iré yo en un periquete; abajo tengo un taxi. *(Se oye la campanilla como antes.)*

María ¿Han llamado?

Ricardo De fijo son ellos, que no han querido esperar más. *(Sale Guillermo a abrir.)* ¡Ay, hermanita; si yo hubiese podido elegir como tú... qué feliz sería ahora!

Escena IV

DICHOS, el GUARDA y KETTY

Guiller. *(Dentro.)* ¡Qué alegría tan grande! Ustedes por aquí; pasen, pasen. *(Entran en escena nuestros antiguos amigos Ketty y Ramón el guarda del Retiro. Ella viste traje de seda negro y mantilla, y él va de miliciano nacional.)* ¡Mira, mira quién viene a vernos! *(Ketty abraza a María.)*

Ketty Señorita de mi arma, y qué gana tenía de abrasarla. *(La besa.)* Ya me he enterao de to y sé que son ustés más felises que los gorriones del parque de María Luisa.

Ricardo En seguida vengo. ¡Adiós, Consuelo; adiós Ramón! Me llevo la llave.

Ketty
Guarda } ¡Con Dio, señorito!

María ¡Pero Consuelo! Mi antigua miss. ¿Qué significa esto?

Ketty Pos na, que yo también he contraío el núo, y aquí le presento a mi marío.

Guarda ¡A la orden de usté, señorita!

María Tanto gusto.

Guiller. ¿Pero no te acuerdas de él? Si es Ramón, el guarda de la plazoleta donde nos veíamos.

María ¡Calla! Pues si es verdad. ¿Qué tal, Ramón? ¿Le han hecho a usted ministro de la Guerra?

Ketty ¡Ay, qué grasiosa e la zeñorita!... ¡Qué va a sé ministro de na!...

María ¿Entonces es que va a cantar una opereta?

Guiller. La canción del olvido.

Guarda Soldado de Nápoles.

Guiller. ¡María, por Dios; Ramón va vestido de miliciano!

Guarda Cabal, señorito; usté ya sabe que a mí me tiraba siempre la libertá, y como tengo oído que don Práxedes Mateo Sagasta, que en paz descanse, no se quitó el morrión en jamás, y como dijo el otro, «se quedan roncas las mujeres empujando los cañones», pues me he apuntao en la Filantrópica, y como es la fiesta del Siete de Julio...

Guiller. Comprendido.

María Pero cuéntame. ¿Qué ha sido de tu vida, cómo has sabido dónde vivía yo?

Ketty Antiyé, que nos encontramos ar señorito Ricardo y nos lo contó to.

María Pues no nos ha dicho nada.

Guiller. Pero y de ustedes ¿qué ha sido? Ya veo que aquel tonteo terminó en boda.

Guarda Sí, señorito; a los tres meses justos de sorprenderles a ustedes el padre de la señorita, santificamos nuestra unión ante un tal Jehová, como dijo no sé quien.

María ¿Y tendrán ustedes chicos?

Guarda Cinco y décimas.

Guiller. ¡Caray! No pierden ustedes el tiempo.

Ketty Me ha tocao un hombre más trabajaó... Se pue desí que no le quea un minuto libre.

María Pues si llega a ser huelguista no sé.

Guiller. ¿Y qué? ¿Le acompaña la suerte?

Guarda Ya lo creo; no soy yo como aquel de la fábula que

A la orilla de un pozo,
sobre la fresca yerba,
un incauto dormía
con una pierna suelta.

Yo duermo espabilao pa ayudar a la fortuna.

Ketty Y tenemos ahorraos unos cuartejos.

Guarda Como que ésta es más agarrá que un chotis.

Guiller. Entonces ¿dejaría usted la guardería?

Guarda Sí, señorito.

María ¿Y a qué se dedica usted?

Guarda Pues por la mañana soy ordenanza del Ayuntamiento; por la tarde estoy de cobrador en una Sociedad de médico, botica y entierro, que tiene un tal don Olimpio, y por la noche me he buscao una plaza de portero en un ca-

sino. Además, por la mañana, antes de ir al Ayuntamiento, me reparto una carrerita de «El Liberal», y por la noche, cuando voy pa el casino, me reparto otra de «La Tribuna».

Ketty Y los domingos es acomodador de la plaza de toros. Y en los ratos que tiene libre...

María ¡Pero todavía le quedan ratos libres!

Guiller. ¿Qué hace?

Ketty ¡Es avisador telefónico-telegráfico!

María ¿Y eso qué es?

Guarda Un oficio que he inventao yo. Me entero de los telegramas y telefonemas que hay detenidos, y como por la tarde ando de un lado para otro cobrando, subo a los domicilios de los destinatarios, les digo que en la Central hay un despacho pa ellos y siempre dan algo.

Guiller. Entonces ¿cuál es su jornada de trabajo?

Guarda La de las ocho horas.

Guiller. No lo comprendo.

Guarda Pues que trabajo ocho horas en cada uno de los empleos. Porque como dijo el otro, no hay fiera más temible que el hombre cuando busca comestible. Y usted no tiene idea de lo que tragan los niños; sobre todo los dos mayores, que son gemelos, comen más que una lima.

María Pero tiene usted salud y trabajo, que es lo principal.

Ketty Eso sí, y no nos cambiamos por nadie. Y cuidao que yo estao a punto de ser una desgraciá. Usté ya recordará que mis padres querían pa mí un zeñorito, y estaban empeñaos en que me casase con uno que había terminao la carrera de delineante.

María ¿Y qué pasó?

Ketty Que de la noche a la mañana el delineante salió arreando con unos dineros que no eran suyos pa una de las Américas, acompañao de una de esas que cantan «Mateo, no te pintes el bigote, que está horroroso».

Guiller. ¿Cedieron entonces?

Ketty ¡Quiá! Me tuvo que sacar éste depositá, como usté... Pero ya ha pasao too, y ahora le quieren más que a mí.

Guarda Como que yo he leído no só dónde un dilema que dice: «tu corazón te guiará a la felicidá»; y esa es la fija, créanme ustés a mí.

Ketty Pero a todo esto no hablamos más que de

nosotros, y ustedes cada vez más contentos, ¿no?

María Así es.

Ketty Mia que está guapetona la zeñorita, y más fresca que una rosa de Abril. *(A Ramón.)* Lo que ya habrá dejao usté es la lertura.

María He cambiado de libros nada más. Ahora leo libros de cocina y el arte de aprovechar las sobras, que todo es poco.

Ketty También me dijo er zeñorito Ricardo que teníau ustés un niño que era una bendición.

Guiller. Es un ángel del cielo. Voy por él...

María Déjalo, no le despiertes al alma mía, que otro día lo verán, porque supongo que vendrán a menudo.

Ketty ¡Ni que decir tiene, zeñorita! Pos no tenía yo ganas ni na de dar a usté un abrazo.

Guarda Bueno; tú, despídete de los señoritos y vamos ya.

Guiller. A lucirse por la calle de Alcalá.

Ketty No, zeñorito; es que se ha empeñao éste que nos hiciéramos hoy un grupo, y nos vamos pa casa de Alfonso a que nos retrate. Ya le mandaremos a usté una fotografía dedicá

María ¡Gracias, mujer, gracias!

Ketty ¡Adiós, zeñorito! Muchos besos ar niño, y ya saben ustedes que nos mandan siempre.

Guarda Yo no digo nada, pero en la calle de Torrijos, número 18 duplicao, escalera A, corredor número 2, piso principal B izquierda, número 4, tienen ustedes una humilde choza. Ya les mandaré a ustedes un plano por si nos visitan. Y repito que no digo nada; si hace falta hacer una mudanza, llamen ustedes a Ramón; si hay que pasear al niño, Ramón está aquí; si alguno de ustedes se pone enfermo, Ramón lo deja to y a velar toa la noche.

Ketty Y pa to lo que haga falta llaman ustés a Ramón, que no dice na... ¡Adiós, zeñoritos, adiós!

María ¡Adiós, mujer! ¡Adiós, Ramón; que siga usted siendo bueno y honrado!

Guarda Como bueno ya ha oído usted lo que soy; y el respective a la honradez yo pienso como Calderón:

Al rey la hacienda y la vida le darás,
mas no el honor;

que es pedrominio del alma,
y en el cielo manda Dios.
(Mutis.)

María Si vieras qué alegría me ha dado esta visita.

Guiller. Y a mí también.

María Lo que no te perdono es que hayas querido desportar al niño; si ve a Ramón con ese traje, menudo susto se lleva la criaturita...

Escena V

DICHOS, DON ANTONIO, DOÑA CONSTANZA y RICARDO

Ricardo *(Dentro.)* ¡Por aquí, papá!

Guiller. ¿Has oído, María? La voz de tu hermano. Vamos. *(Se dirigen a la puerta y entran los personajes mencionados. Don Antonio se abraza a su hija, y Guillermo a doña Constanza.)* ¡Madre!...

Antonio ¡Hija mía!...

Ricardo ¡Por fin! ¡Lo que está de Dios, a la mano se vuelve! *(Se enjugan las lágrimas todos.)*

Guiller. *(Va hacia su suegro.)* ¿Me da usted su mano?

Antonio *(Abrazándole muy emocionado.)* La mano, no; el corazón, hijo mío. *(Pausa.)* Y no hay que hablar nada de nada. Todos hacemos cuenta que habéis llegado hoy del viaje de novios.

María Así es, papá. Hoy comienza nuestra luna de miel.

Antonio ¿Y el niño? ¿Dónde está mi nieto? A ver, a ver, que se presente ese arrapiezo. *(María entra y saca al niño, al que da muchos besos. El pequeño, en cuanto ve a su abuela, echa a correr y se sube en sus piernas y la besa.)*

Niño Abelita, ¿me traes el matasuegras?

Const. Te he traído los caramelos que me pediste ayer. *(Don Antonio y Guillermo se asombran al ver que el niño conoce a su abuela.)*

Antonio ¿Pero cómo? ¿Te conocía el niño? *(A su mujer.)*

Const. Desde el mismo día en que llegaron. Tú la perdonas ahora: yo la perdoné el mismo día

en que me desobedeció. Las madres hallamos disculpas para todo.

Guiller. ¿De modo que ha venido mamá y me lo ocultabas? ¿Vamos a enfadarnos? *(A don Antonio.)*

Antonio Sí que me enfado... *(Coge al niño, se lo sienta encima y le da muchos besos.)* Por no haberme llevado este crío a casa hace siete años.

Const. ¡Pero Antonio, si tiene cuatro!

Niño Tero a la abelita, a ti no. *(La abuela se ríe y se alegra.)*

Antonio *(Enfadado cómicamente.)* Pues si no me quieres, te daré azotes. ¿Sabes por qué?

Niño Porque eres mayor que yo.

María Pero hijo, si es el abelito.

Antonio Toma bombones, y mañana te traeré muchos caballos, y muchos soldados, y muchos matasuegras, y te llevaré al circo... *(Le da varios duros.)* Ya verás como somos amigos.

Niño Abelito bueno.

Antonio Hijo, ¿te decían que yo era malo? Dímelo, dímelo?...

Niño No, abelito; pero cuando te nombraban, mamá lloraba.

Antonio *(Besándole.)* Pues ya no llora nunca mamá y siempre estaré contigo jugando.

Niño ¿Y la abelita también?

Voz *(Dentro.)* ¡A la paz de Dios!

María ¿Quién anda dentro de casa?

Guiller. *(Sale muy decidido.)* ¿Quién va?

Ricardo *(Saliendo.)* Pase usted por aquí, déjelo ahí. *(Entra un mozo que deja una maleta en el suelo. Ricardo le da unas monedas y le acompaña hasta la puerta, volviendo en seguida.)*

Mozo ¡Gracias, señorito!

Const. Esa maleta es de Richard.

María No comprendo.

Ricardo No caviléis. Es mía. Le he dicho a Amelia que iba a un negocio a Córdoba, y me vengo aquí a pasarme quince días lejos de ella, jugando con Antoñito y en la gloria.

Const. Pero si se entera Ameli. Eso es una supechera, que decimos los esperantistas.

Ricardo Si se entera que se entere, mamá. Será una superchería, como decimos los españoles; no puedo más; bien estoy pagando el no haberos contrariado. *(El abuelo se ha sentado en*

una sillita muy baja y el nene le tira del pelo y se ríe. Doña Constanza está sentada en una butaca de mimbre y la rodean los tres.)

María Como te desobedecí yo. En los negocios del amor hay que dejarse llevar del corazón y no hacer a pies juntillas lo que dicen los padres. Si os obedezco, si me caso con aquel beduíno, me hubiese muerto. En cambio os di un disgusto que nos va a producir una eterna alegría.

Const. *(Muy bajito.)* Nunca me perdonaré el no haber dicho a tu padre que era abuelo. Mírale; chocho con su nieto. *(Van hasta él callandito y se agachan María, Guillermo y Ricardo.)*

María Papá, si te vieran ahora tus compañeros del Consejo de Estado...

Antonio Si tienen nietos, no les chocaría; si no los tienen, me envidiarían. *(Da un beso al chico y lo estruja contra su cuerpo como si temiera que se lo quitaran.)—Telón.*

FIN DE LA OBRA

Obras de los mismos autores

El acreditado Don Felipe, sainete, música de Noir y Alcaraz.

La guía del forastero, revista, música de Noir y Alcaraz.

Cura en dos días, sainete, música de Orejón.

El chico del cafetín, sainete, premiado por el excelentísimo Ayuntamiento de Madrid en el primer concurso de sainetes, música de Calleja. (Segunda edición.)

El baile de la Flor, sainete, música de Barrera y Foglietti.

La Mary Tornes, zarzuela cómica en dos actos, refundida después en uno, música de Quislant y Ribas.

Varietés a domicilio, cuadro de costumbres, música de Foglietti.

Troteras y danzaderas o Los pendientes de la Tarara, sainete en dos actos.

La Romántica, sainete, música de Calleja.

Serafina la Rubiales o ¡Una noche en el Juzgado!, sainete, música de Quinito Valverde y Foglietti.

Budín y Budón, traducción del vodevil francés «Florette et Patapón». ¡Lagarto! ¡Lagarto! No lo volveremos a hacer más.

Don Feliz del Mamporro, revista en un acto, música de Castro Junior.

Las pecadoras, comedia en tres actos. (Cuarta edición.)

A la puerta del café, entremés.

La suerte de Salustiano o Del Rastro a Recoletos, comedia de costumbres en tres actos. (Segunda edición.)

El Giro Mutuo, apropósito, música de Foglietti.

La sala de espera, entremés.

La boda de Cayetana o Una tarde en Amaniel, sainete música de Luna. (Segunda edición.)

La playa de moda, entremés, música de Foglietti.

El gusano de luz, revista, música de Foglietti.

Charito la Samaritana, comedia en tres actos. (Segunda edición.)

Los pendientes de la Trini o No hay mal que por bien no venga, sainete, música del maestro Vives.

El brillo de los caireles, comedia en cuatro actos, el último en dos cuadros.

El tenor, comedia en tres actos. (Tercera edición.)

El rey de la martingala, película cómico-lírica en un acto, música del maestro Font.

Verbena goyesca o El ascenso de don Saturnino, comedia en tres actos.

Las Paralelas, entremés.

Margarita la Tanagra, comedia en tres actos. (Tercera edición.)

La Peque resulta grande o Lo que puede el ingenio, sainete en tres actos.

Se desean artistas, apropósito cómico-lírico en un acto, música del maestro Font.

Ellas, desfile histórico cómico-lírico bailable en un acto y cinco cuadros, música de los maestros Foglietti y Jimeno Sanchís.

El oficial quinto, entremés.

Los postineros, sainete, dividido en cuatro cuadros, música de los maestros Foglietti y Luna.

Mary la de los brillantes o El modisto parisino, escenas de la vida madrileña, en tres actos.

La hiperestesia de la Sole, farsa cómica en dos actos.

Concha la lamparillera o ¿Felipe, qué las das?, sainete en dos actos, música del maestro Manuel Font.

Los zánganos, sainete en dos actos.

Rocío la canastera o Entre calé y calé..., comedia de gitanos, en dos actos.

El Padre Zacarías, suceso dramático en tres actos.

Llévame al Metro, mamá, entremés, con música del maestro Luna.

La Pelotari, entremés.

Eslava-Concert, caricatura de varietés, música del maestro Font.

El movimiento continuo, sainete, música del maestro Font.

¡A la cola, a la cola!, entremés, música del maestro Font.

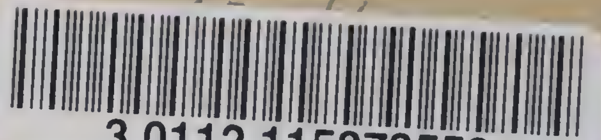
La Venus de las pieles, sainete, música del maestro Luna.

La multimillonaria, caricatura de opereta, en un acto, música del maestro Font.

El ilustre prócer, farsa caricaturesca en tres actos.

Amor es vida, comedia en tres actos.

El Club de los «Cien», revista en un acto, con música del maestro Romero.



Precio: TRES pesetas